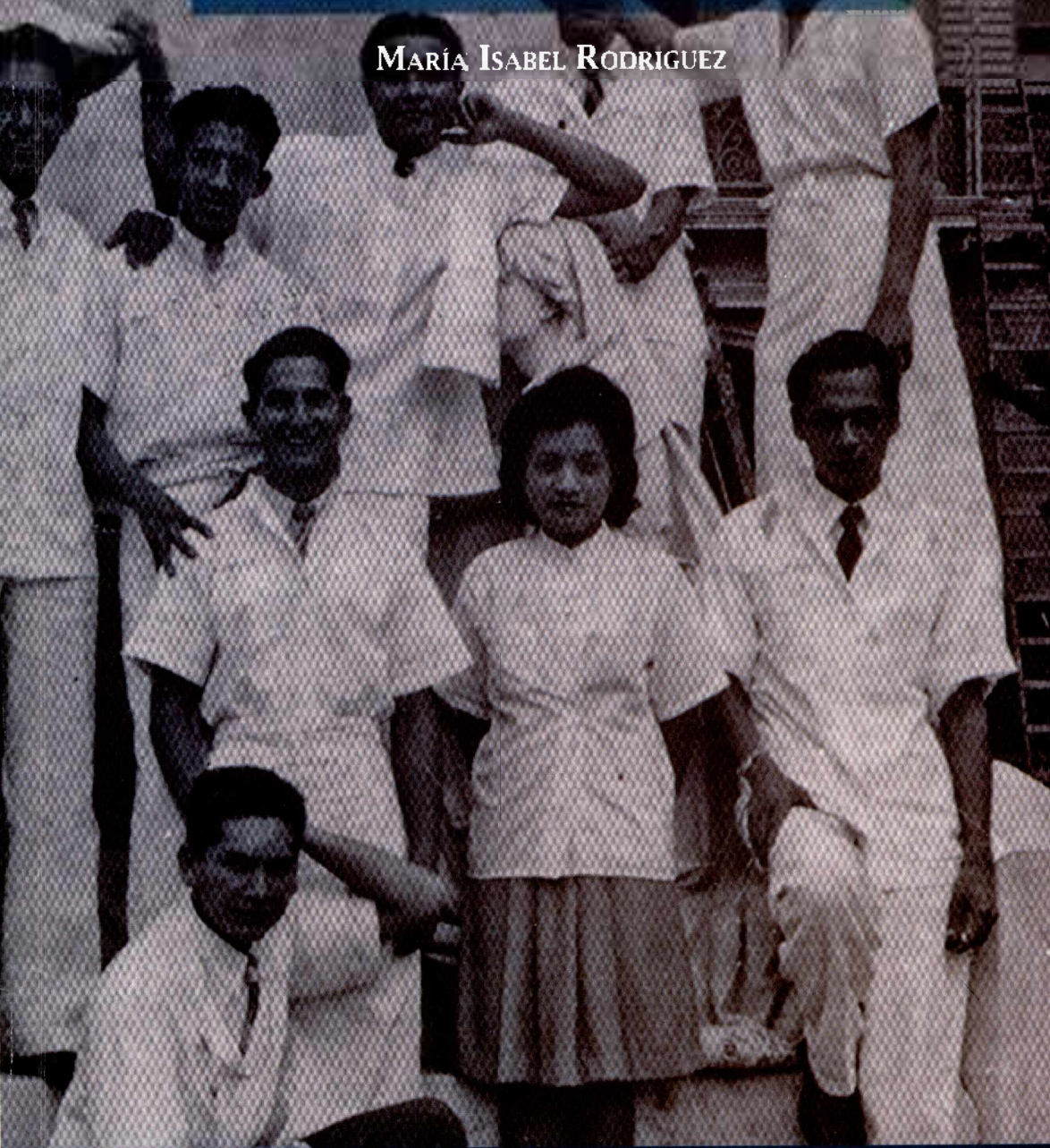


# ALMA MÁTER

HOMENAJE A MIS CASAS DE ESTUDIO

*Discursos de aceptación de doctorados honoris causa*

MARÍA ISABEL RODRIGUEZ



LABERINTO



EDITORIAL

Para el Dr Roberto Escalante S.

Muy estimado Dr Escalante:

Con mis agradecimientos  
por su apoyo sobre este modesto  
recuerdo de mis primeros meses  
doctorales Honoris Causa,  
esperando la publicación de  
los siguientes que le hará llegar  
afortunadamente

Afectuosamente

Marie Isabel Rodríguez

Dic 2019



# ALMA MÁTER

HOMENAJE A MIS CASAS DE ESTUDIO



# ALMA MÁTER

HOMENAJE A MIS CASAS DE ESTUDIO

*Discursos de aceptación de doctorados honoris causa*

MARIA ISABEL RODRÍGUEZ

*Alma Máter. Homenaje a mis casas de estudio*

© María Isabel Rodríguez

© Laberinto Editorial, de esta edición

Primera edición, San Salvador, 2014

Concepto editorial: Pablo Benítez

Concepto gráfico: Edwin López

Coordinación editorial: Osvaldo Hernández

Fotografía de portada: cortesía de Eduardo Suárez Mendoza, archivo personal

080

R696a Rodríguez, María Isabel

Alma Máter. Homenaje a mis casas de estudio : Discursos de aceptación de  
sv doctorados honoris causa / María Isabel Rodríguez. San Salvador, El Salvador:

Laberinto Editorial, 2014

96 p. : 23 cm

ISBN: 978-99961-0-440-4

1. DISCURSOS. 2. CONFERENCIAS. I. Título.

Esta obra esta protegida por la Ley de propiedad intelectual de la República de El Salvador, derivada de los protocolos internacionales relativos a derechos de autor. En consecuencia, queda prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*.

#### LABERINTO EDITORIAL

Calle San Antonio Abad, reparto Montefresco, pasaje Palma de Mallorca n.º 150

San Salvador, El Salvador, América Central.

Tels.: (503) 76263265 / 22849710 / [laberintoeditoriales@gmail.com](mailto:laberintoeditoriales@gmail.com)



Laberinto Editorial (fan page)



@LaberintoEd\_ES

# Índice

<b>Flores del azafrán</b> Pablo Benítez	9
<b>Vidas paralelas: luchas latinoamericanas por la educación</b> Universidad de Guadalajara, México	15
<b>Universidad por el cambio social</b> Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador	25
<b>Origen y futuro de la autonomía universitaria latinoamericana</b> Universidad de Córdoba, Argentina	31
<b>Hacia la salud internacional: compromiso y calidad universitaria</b> Universidad Peruana Cayetano Heredia, Perú	39
<b>Raíces y frutos de la educación superior centroamericana</b> Universidad de San Carlos de Borromeo, Guatemala	45
<b>Universidad para la dignidad y la justicia</b> Universidad de El Salvador, El Salvador	63
<b>Universidad comprometida con la salud, el bienestar y el desarrollo de nuestras sociedades</b> Universidad Autónoma Metropolitana, México	73



**Dos décadas de esfuerzo por una formación superior de calidad**

Universidad Andrés Bello, El Salvador

81

**Salud educación y solidaridad para los pueblos latinoamericanos**

Universidad de la República, Uruguay

87

## Flores del azafrán

Pablo Benítez

Bernardo Provenzal, médico connotado del siglo xi, consigna que la flor del azafrán oriental produce una “dilatación del corazón” que “hace morir a la gente de risa”. Esta afirmación forma parte de sus célebres comentarios a las tablas médicas de Salerno, la gran escuela de la medicina medieval en la cual podían aprender y dar cátedra tanto mujeres como hombres, alma máter de Provenzal. Cuando leí por primera vez esa frase en la que se advierte un hilo místico entre el conocimiento, la salud y la alegría pensé de inmediato en María Isabel Rodríguez.

La simbología es diáfana y fuerte. El amor por el diálogo siempre abierto entre saberes (la educación), la exploración permanente de las fuentes de vida y bienestar (la salud), el corazón (aunque debería decir casi, la cardiología) y la alegría, la risa, el futuro: así es María Isabel Rodríguez.

Destacada como bachiller en letras del Instituto Nacional Francisco Menéndez, su talante y su sonrisa al presentarse a la cita con el decano de la Facultad de Medicina no se borraron. Iba determinada a entrar a la Facultad, a pesar de la opinión generalizada de los profesores de que medicina no era una carrera para mujeres y del llamado expreso del decano a que buscara oficio como ama de casa. No solamente logró un cupo, sino que se convirtió en una de las estudiantes más destacadas.

Activa políticamente, colaboró con el movimiento estudiantil que derrocó a Hernández Martínez y poco después se convirtió en dirigente en la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salva-

doreños (AGEUS) y pasó a ser redactora de Opinión Estudiantil. Su vida universitaria se abrió desde entonces hacia la política y la ciencia. Su primera alma máter le dio maestros como Juan Crisóstomo Segovia, pionero de la parasitología y de la investigación biomédica en América Central.

Pronto sus horizontes académicos se ampliaron hacia México y los Estados Unidos. En el Distrito Federal, el prestigioso Instituto Nacional de Cardiología fue su segunda casa de estudios. Ahí obtuvo dos títulos de posgrado: cardiología y ciencias fisiológicas. Profundizó en el mundo de la investigación científica al lado de Ignacio Chávez, prominente cardiólogo, reconocido internacionalmente por sus aportes a las ciencias médicas. Demetrio Sodi Pallares, responsable del área de electrocardiografía, fue también su mentor. María Isabel formó parte del grupo de especialistas en electrocardiografía que le dieron fama mundial al Instituto.

Poco después, en los Estados Unidos, el profesor Allen Scher, de la Universidad de Washington, la recibió también en su equipo de investigación. Para abril de 1958, María Isabel publica en la revista *Science*, como parte del grupo dirigido por Scher, el artículo "‘Slow’ Potential Change in Atrioventricular Node", que se convirtió en referencia obligada en los posgrados de cardiología.

Después de esa exitosa trayectoria científica, decide regresar a El Salvador y comienza su ruta como una de las principales impulsoras de la transformación universitaria en la universidad pública. Desempeña los cargos de jefa del Departamento de Fisiología y Farmacología de la Facultad de Medicina, decana de la Facultad de Medicina y finalmente rectora durante dos periodos consecutivos de su alma máter, la Universidad de El Salvador. Durante estos diferentes periodos de su vida, María Isabel ha luchado intensamente por transformar la universidad.

Destaca su participación en el proceso de cambio de los estudios médicos en los años sesenta en El Salvador. Esa transformación implicó una profunda reforma académica, un incremento notable del desarrollo de la planta física y las unidades de apoyo básico, una refundación de la biblioteca y el equipamiento actualizado de los laboratorios. Todo

eso produjo la revaloración del papel del docente y el estudiante como núcleos del proceso formativo y llevó a la Facultad a alcanzar altísimos niveles de calidad universitaria.

Más adelante, durante sus dos periodos en la Rectoría de la Universidad (1999-2007), completó la reconstrucción del campus universitario, casi destruido por la guerra y los terremotos, construyó una nueva institucionalidad para la investigación científica, encabezada por el Consejo de Investigaciones Científicas de la Universidad de El Salvador, y fundó dos nuevas carreras que constituyan una deuda histórica con la sociedad salvadoreña: historia y antropología.

Pero su fuerza transformadora también se hizo sentir en otras latitudes. Entre 1985 y 1994 se desempeñó como coordinadora general del Programa de Formación en Salud Internacional e impulsó una agenda de estudios que articulaba de manera muy audaz los contenidos, problemas y discusiones que tocan los aspectos biológico y social en el ejercicio de la medicina. En México, fue clave su apoyo para la fundación de la Universidad Autónoma de México-Xochimilco.

María Isabel fue además una de las integrantes más relevantes del movimiento de especialistas médico-científico que gestó la introducción de la medicina social en el continente. En esa lucha estuvo acompañada de figuras como Juan César García, Edmundo Granda y Miguel Márquez.

En el año 2009 fue nombrada ministra de salud del primer gobierno de izquierda en la historia de El Salvador. Impulsó la primera reforma integral del sistema de salud, que en el año 2014, al final del periodo presidencial, está dando frutos.

Estas son las flores del azafrán que María Isabel ha esparcido durante su trayectoria de estudio, lucha, entrega y compromiso. Es por estas aromáticas flores que muchas universidades latinoamericanas decidieron honrarla con su máximo reconocimiento: el doctorado honoris causa. Universidad de Guadalajara, México, año 2005. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador, año 2006. Universidad de Córdoba, Argentina, año 2007. Universidad Peruana Cayetano Heredia, Perú, año 2008. Universidad de San Carlos de Borromeo, Guatemala, año 2008. Universidad de El Salvador, El Salvador, año 2009. Universidad Autónoma Metropolitana, México, año 2011. Universidad

Andrés Bello, El Salvador, año 2012. Universidad de la República, Uruguay, año 2012.

Estas universidades han recibido a María Isabel como parte de su comunidad universitaria y ella ha aceptado gustosa el honor de tener un alma máter tan amplia y latinoamericana. Como reconocimiento y homenaje a esas casas de estudios que la han invitado a formar parte de su vida y su historia, María Isabel ha reunido sus discursos de recibimiento de doctorado honoris causa para publicarlos en este hermoso y simbólico volumen.

He presenciado y acompañado la hechura de este libro como un proceso paciente y cariñoso de parte de su autora. Me honro en formar parte de un amplio grupo de personas que María Isabel ha forjado. Hemos recibido de ella el gran legado de amor por esos campos híbridos que vinculan las disciplinas de las humanidades, las ciencias sociales y la salud. Su obra no está constituida únicamente por su excelente trayectoria académica y por su admirable trabajo como gestora y ejecutora de grandes proyectos de transformación, sino también por un legado intelectual de absoluta vigencia en los procesos de cambio que vive El Salvador.

Este libro es entonces un homenaje sincero hacia un alma máter multiplicada y dispersa por toda la geografía latinoamericana, unida por la pasión por los saberes y las luchas sociales. Es un homenaje de corazón alegre: otra flor del azafrán que nos regala generosamente María Isabel Rodríguez.

San Salvador, 2 de mayo de 2014.



# DISCURSOS

Asimismo, después de numerosas gestiones y audiencias, no es sino hasta 1841 cuando la Universidad de El Salvador nace y luego se enfrenta a una azarosa vida de cierres y aperturas, de goces y pérdidas de autonomía que le llevan a una vida más estable a partir de la década de 1990, en el contexto de una paz negociada en los Acuerdos de Paz que, sin embargo, no concedieron reivindicaciones a su Universidad.

Es apasionante estudiar las vidas paralelas de estas dos universidades, luchando por su carácter público, inspirado tempranamente en la época de la Ilustración en aquellos escritos de Rousseau sobre educación, en donde sostiene que la educación pública es uno de los máximos fundamentos del Gobierno popular y legítimo.

Las vidas de ambas universidades han estado marcadas por su amor a la libertad, la defensa de los derechos humanos y el amor por la ciencia y la verdad. De allí que no sea casual que en uno de mis primeros encuentros con esta querida universidad haya ubicado en Guadalajara el ambiente académico, humano y político adecuado para la realización del Primer Seminario sobre la Enseñanza de las Ciencias Sociales en las Escuelas y Facultades de Medicina (Guadalajara, 1974). Fue al final de un año de trabajar como consultora de OPS/OMS en el campo de desarrollo de recursos humanos en salud, después de un esfuerzo común con la Asociación de Facultades y Escuelas del sector Salud, en el cual habíamos cubierto una amplia gama de temáticas importantes para el desarrollo del personal de salud (currículum, enseñanza de las ciencias básicas biomédicas, bibliotecas y otros problemas del momento), cuando pensamos que era el momento adecuado para envolver a las instituciones formadoras de personal de salud de México, específicamente a sus escuelas y facultades universitarias, en ese esfuerzo regional orientado al abordaje social de la problemática de salud y sus implicaciones en la formación de su personal.

Para entonces formábamos ya parte de esa legión de inquietos personajes, en su mayoría provenientes de las áreas biomédica, clínica o de la salud pública, incursionando en el entonces joven campo de las ciencias sociales en el abordaje de la problemática de la salud, liderado en el continente por una figura excepcional, un compañero, amigo y maestro. Es ocasión propicia para rememorar el papel desempeñado en

este esfuerzo por Juan César García, figura cimera en el campo de la educación médica, de la medicina social y de la investigación en salud, a quien quiero dedicar en buena parte la distinción que hoy se me otorga.

Mi desarrollo aún tardío le debe mucho a García, pero no puedo dejar de reconocer que en el cultivo de nuestras capacidades intelectuales y el rigor científico algunos privilegiados encontramos a lo largo de la vida orientadores, y aun a veces verdaderos moldeadores de nuestras vidas. Por eso, al reconocer en García uno de los grandes apoyos en esa etapa de mi vida, en la cual encontré el camino para desarrollar una visión crítica y, por consiguiente, científica de la medicina, y más aún de la salud, como un valor social históricamente determinado, no puedo sino retroceder a esa otra oportunidad que México me dio durante mi formación de posgrado en el área de fisiología, esa ciencia que integra y que estudiándola a profundidad se convierte en el sustrato fundamental del conocimiento biológico del ser humano. En mi caso tengo que recordar al extraordinario maestro, el gran Arturo Rosenblueth, el que jamás se conformó con lo que trabajábamos en el laboratorio o en los espacios del Departamento de Fisiología y Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología. Su acción fue más allá cuando nos envolvió en el maravilloso campo de la filosofía de las ciencias en sus cursos del Colegio Nacional, al lado de figuras excepcionales como Norbert Wiener y otros tantos científicos eternos; además de enseñarnos día a día y envolvernos en su visión de un mundo justo y libre, sin inequidades.

Quizá es ocasión de preguntarnos cómo transita hacia la medicina social una persona cultivada en el campo de la ciencia dura, porque aquel ambiente nos hizo trabajar en fisiología, pero con una base matemática y sobre todo física y biológica muy sólida. Por otra parte, yo venía de formarme como médica en mi país, en donde también tuve la suerte de ser orientada tempranamente al área de la investigación por un excepcional científico cardiólogo, mi maestro Ricardo Quesada, y desde allí empecé a escoger el camino que me llevó a iniciarme en el campo de la educación, de la investigación, y a envolverme en el desarrollo de los recursos humanos en salud en mi país y luego en América Latina.

A partir de mi salida de El Salvador, incursionando en el campo internacional, es cuando empiezo a vivir más intensamente la insatisfac-



ción con los modelos prevalentes en la interpretación de la problemática de salud y la convicción de que los modelos biomédicos, aun haciendo uso de los mejores recursos tecnológicos y los grandes avances de la ciencia, no son capaces por sí solos de dar respuesta a los grandes problemas de salud de nuestras poblaciones. Es entonces cuando se nos plantea la necesidad de profundizar en el conocimiento de nuestras sociedades, de entenderlas y comprometernos con ellas, buscando caminos para el abordaje de sus problemas, como el de la salud y la formación del personal que ha de ser responsable de ella. Incorporarse con una nueva visión holística e integral de la problemática de salud, vista como un proceso social, implica la reconceptualización y reconstrucción del campo y de su práctica.

Ese esfuerzo requería de un abordaje profundamente científico, alejado del empirismo y las improvisaciones. También era necesario reconocer que las ciencias bionaturales, con su formidable contribución a la solución de los problemas de salud, se quedaban cortas como teoría explicativa de los problemas de salud, no solo en cuanto a las determinantes del proceso salud-enfermedad, sino en cuanto a su esencia misma, así como a las grandes soluciones. Se imponía el reencuentro de las ciencias bionaturales y sociales que además del abordaje científico de lo bionatural exige un amplio, riguroso y plural desarrollo de las ciencias sociales. Retomar con toda la profundidad y el compromiso del campo de las ciencias sociales aplicadas a la salud fue la base de este movimiento latinoamericano, en el cual vendría a desempeñar un papel importante el Seminario de Guadalajara de 1974, que pudo realizarse gracias a la cálida acogida de Rodolfo Morán y sus colaboradores.

Guadalajara 1974 es más que una reunión, un seminario o un foro, es parte esencial de un proceso, es el detonante de un movimiento nacional, de la estructuración de una corriente de pensamiento, de la contribución tesonera y comprometida en la construcción de un campo, a través del desarrollo de un pensamiento profundamente latinoamericano. Su repercusión inmediata en México fue la adopción por parte de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, de la recomendación relativa a la formación de posgrado en el campo de la medicina social del documento de Guadalajara y que tuvo como respuesta la

creación de la Maestría de Medicina Social, inicialmente coordinada por Hugo Mercer y luego por Cristina Laurel. Su impacto en el continente se potencia con la entonces recién creada Maestría de Medicina Social de la Universidade do Estado do Río de Janeiro, impulsada y coordinada por Hésio Cordeiro.

Otros países latinoamericanos desempeñaron y siguen desempeñando un papel importante en el desarrollo del campo, entre ellos Ecuador, que ofreció el escenario inicial para el abordaje de los aspectos teóricos de las ciencias sociales aplicadas a la salud en 1972, en Cuenca. Se creó un posgrado en el campo y se ha continuado su desarrollo a través del Instituto Juan César García. Argentina ha sido un sólido contribuyente del movimiento de medicina social latinoamericano, tanto en Buenos Aires como especialmente en Rosario, por medio del Centro de Estudios Médico-Sociales. A una gran rosarina participante en el Seminario de Guadalajara, sólida impulsora del movimiento de medicina social latinoamericano, fallecida recientemente, dedico igualmente este homenaje.

Venezuela participa activamente por medio de sus propios científicos sociales y salubristas como de muchos latinoamericanos que en la década de 1970 encontraron en ese país un nuevo hogar y el ambiente intelectual y el calor humano propicios para su contribución y enriquecimiento del campo.

No menos importante ha sido la participación de actores esenciales comprometidos con la construcción de este campo en diversos países de Centroamérica, Suramérica y el Caribe, quienes han contribuido a su enriquecimiento. Por eso mismo debemos ofrecer nuestro profundo reconocimiento a la Universidad de Guadalajara, por esta oportunidad de compartir con líderes de la medicina social y amigos fraternos, no solo de México, sino de otros países de América Latina, entre ellos con la presencia de la Asociación Latinoamericana de Medicina Social (ALAMES), y uno de sus miembros más connotados, Saúl Franco, su presidente.

Con la constitución de ALAMES en 1984 y la creación de los posgrados de medicina social se dio respuesta a la legitimación del campo de medicina social del que hablaba García, señalando que la medicina social aparecía ya como "un campo necesario e irreversible de una corriente de ideas".

En la larga mención de hechos, países y personajes hay un actor al que debo hacer especial reconocimiento. Me refiero a la Organización Panamericana de la Salud. Gracias a ella fue posible compartir nuestras inquietudes y encontrar espacios, momentos y oportunidades para el desarrollo de la medicina social. En la figura de Pedro Brito, presento mi reconocimiento a nuestro organismo.

Llegando a este momento de mi exposición, quisiera presentar a los miembros de este Foro Internacional sobre Formación de Recursos Humanos en Medicina, que gracias a la generosa decisión de la Universidad de Guadalajara lleva mi nombre, un planteamiento que preocupa a muchos, e invitarles a su reflexión y análisis con sus colectivos de trabajo. Se trata de conocer los avances que la medicina social latinoamericana está produciendo en los jóvenes estudiantes del pregrado, y si se corresponde con el impacto que el presente y el futuro de nuestros países están reclamando.

Estoy convencida de que la salud como un valor social que compete a todos exige una respuesta universitaria integral, si la institución es coherente con su discurso, misión y compromiso al servicio de la sociedad. Por eso considero que apoyar una sólida estructura educativa y de investigación en la defensa de un derecho público tan maltratado requiere de un proyecto universitario multifacultades e interfacultades, multiprofesional e interdisciplinario. Considero que el movimiento de medicina social ha avanzado sobre todo en la producción de personal, en sus posgrados, en sus conferencias, pero pareciera necesitarse de núcleos de trabajo más abiertos y sobre todo de la apertura de nuevos espacios, y más aún: el desarrollo de movimientos nacionales mediante nuevos conjuntos sociales, parlamentos, municipalidades, generadores de conciencia colectiva sobre alternativas y propuestas contra el progresivo debilitamiento de nuestros sistemas de salud en el contexto de las políticas neoliberales en el continente.

La medicina social latinoamericana pasó de su fase de denuncia a una fase propositiva y operativa que debe ser viabilizada hacia realizaciones concretas.

Considero que debe darse la lucha porque el discurso médico-social no se quede en el ámbito cerrado de nuestras instituciones, departamentos y unidades universitarias o centros de trabajo, en donde a veces no traspasa las paredes de las unidades de la propia institución y tampoco llega con el carácter propositivo a los niveles de decisión. En ocasiones la producción no se socializa, incluso en uno de los engranes fundamentales, como son las escuelas de salud pública.

Abrir espacios y generar alianzas estratégicas son acciones que siguen siendo válidas dentro de un movimiento envolvente de toma de posición latinoamericana frente a la problemática actual de la crisis de salud en nuestros países.

En lo que respecta a nuestras universidades en su función primordial, como es la formación de recursos humanos capacitados para constituirse en dirigentes y actores principales de un movimiento con estas características, el reto en la formación de los cuadros estratégicos que la salud está demandando debe ser parte esencial de sus planes de acción.

Quiero terminar mi exposición reiterando mi agradecimiento a la Universidad de Guadalajara, a su rector magnífico, Lic. Trinidad Padilla López; a los honorables miembros del Consejo Superior Universitario, en forma muy especial al Dr. Raúl Vargas López, Rector del Centro Universitario de Ciencias de la Salud, y a su secretario, Dr. Salvador Chávez Ramírez, y a todos sus colaboradores que han hecho posible este inmerecido honor, en el cual reconozco no solo un homenaje a mi persona, sino a mi universidad y a mi país.

Debo hacer una mención especial a alguien que a pesar de su juventud ha sido para mí un estímulo para creer en el futuro de nuestro país y a quien agradezco que me acompañe en este acto. Me refiero al Dr. Carlos Vela, científico inspirador de uno de los programas más prometedores en nuestro país. Me refiero al Programa de Jóvenes Talento, que hemos desarrollado en conjunto Universidad de El Salvador y Ministerio de Educación.

Gracias a los compañeros decanos que me acompañan en este memorable acto que quedará impreso en lo que resta de mi vida, gracias a mi familia y amigos que se han solidarizado conmigo.

El valor y el estímulo que este homenaje representa para mí será de aquí en adelante un valioso apoyo en los momentos difíciles, sobre todo en las incomprensiones que la vida nos depara. Gracias por creer en mí, gracias por su comprensión y cariño.

Recordaré este acto como uno de los grandes momentos de mi vida. Muchas gracias.

Guadalajara, 26 de mayo de 2005.





Los nombres de Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes Mozo, Armando López Quintana, Juan Ramón Moreno Pardo y Joaquín López y López han quedado grabados en sangre, con devoción y respeto, en la historia de esta universidad.

## Universidad para el cambio social

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador

En momentos de mucha trascendencia en nuestras vidas, cuando quisiéramos encontrar las palabras que reflejen la profundidad de lo que deseamos, lo que pensamos y sentimos, es cuando resulta frustrante darnos cuenta de que nuestro lenguaje no es suficiente para comunicar a cabalidad eso que queremos decir. Por ello tenemos que limitarnos, como lo hago yo en este momento, al expresar mi profundo agradecimiento al padre José María Tojeira –nuestro querido compañero y amigo–, a los miembros de la Junta Directiva y a todos los integrantes de esta casa de estudios, que han sido solidarios con esta designación. Eso es lo que hoy hace posible que esta humilde y privilegiada trabajadora de la educación y la salud reciba esta honrosa distinción, este alto grado académico de una institución querida y respetada, nacional e internacionalmente, no solo por su calidad académica, sino también por su compromiso con la vida, sobre todo de los seres humanos más necesitados.

Para mí, este no es un grado académico más, representa un alto honor y un compromiso, acrecentado por el contexto en que se me otorga. Se trata de la conmemoración del decimoséptimo aniversario de los mártires del 89, de esos seis distinguidos jesuitas, mártires y ciudadanos del mundo, y de dos trabajadoras, sacrificados todos bárbaramente, en esa brutal locura del trágico 16 de noviembre de 1989.

dirige; y me voy a permitir tomar las palabras de la propia Universidad, porque ellos explican ese cambio respetable y comprometido que le ha costado enfrentar a su vez graves represalias. En su creación como corporación de utilidad pública con una orientación hacia el desarrollo económico y social, ya se perfilaba el interés en la lucha contra las grandes injusticias sociales.

En la segunda década de su existencia, en el contexto de una seria crisis política del país, empieza la UCA a recibir el impacto de la situación política nacional y sus efectos en la pérdida de personal y aun el exilio de varios de ellos.

A partir de la intervención militar a la Universidad de El Salvador, en el año 1972, es justo reconocer que muchos universitarios de la UES encontraron una acogida solidaria en la UCA.

Apenas una mención a cuadros clave en la vida universitaria, como el caso de Ítalo López Vallecillos, que desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de las editoriales universitarias de ambas universidades; Mérida Arteaga, en el desarrollo de sus bibliotecas; luego una larga lista de docentes e investigadores; en una breve mención me detengo apenas en los nombres de Guillermo Ungo, Héctor Dada Hirezi, Rubén Zamora, Axel Söderberg, Román Mayorga y Raúl Valiente; a los cuales se añaden, en 1976, en las nuevas crisis de la Universidad de El Salvador, Fredy Villalta, Mario Cerna, José Menjivar, René Zelaya, Roberto Rivera Campos, y en lo más agudo de la crisis de los años ochenta, al regresar de su formación, Bernardo Pohl, Raúl Aguilera Liborio, David Navarro, Eduardo Badía y posiblemente otros más, que escapan a mi memoria, pero que pueden dar una idea de la tremenda pérdida que vivió la Universidad de El Salvador y, al mismo tiempo, la apertura de un espacio que impidió que este personal hubiera emigrado al exterior.

No fueron años fáciles para todas las universidades de la región en cuanto a los efectos de las crisis políticas, nacionales e internacionales. Sin embargo, es justo reconocer que también para muchos países que vivieron las grandes crisis de los años sesenta, sobre todo a partir de los movimientos estudiantiles de México, en octubre de 1968, del Mayo Francés y otros que indudablemente fueron generadores de grandes cambios académicos y modificaciones sustanciales en el desarrollo de



universidades comprometidas con el avance en la relación universidad y sociedad, en los avances en materia de interdisciplinariedad. También es importante señalar que, a su vez, las grandes crisis políticas en diferentes países del continente generaron espacios en otros, favorables a la migración profesional, enriqueciendo así, particularmente, el espacio universitario.

Los gobiernos dictatoriales de la región no pudieron triunfar en esa lucha contra el pensamiento comprometido, pese a que el crimen fue instrumento para destruir liderazgos en sitios selectivos como las universidades, la Iglesia y las organizaciones sociales comprometidas.

Por eso quiero aprovechar algunos de los últimos párrafos de esta intervención para rendir un homenaje a todos esos luchadores por la libertad, que entregaron su vida al servicio de nuestras sociedades; y para pedir en particular a nuestros docentes, investigadores, estudiantes y trabajadores reflexionar profundamente sobre el legado de nuestros mártires y así trabajar por merecer el honor de ser universitarios que luchan por una universidad comprometida con el cambio al servicio de la sociedad.

Al reiterar mis agradecimientos por el honor que se me ha conferido, solo quiero referirme, para terminar, a lo que significa, para mí, el grado de doctor honoris causa en Salud Pública.

Cuando el padre Tojeira me lo comunicó, pensé inmediatamente si en realidad podría ser merecedora de esa distinción. Ello me obligó a una breve revisión de mi trayectoria en el campo de la salud, iniciándome en la medicina, incursionando en la salud colectiva, específicamente en el campo de la salud pública, de la medicina social, de la salud internacional y, ahora, de la salud global; fue entonces cuando pude concluir que haber trabajado y dado algo en esos campos se lo debo a todos aquellos compañeros que han hecho posible enriquecer mi pensamiento, que me han estimulado con sus ideas, con sus contribuciones, con su trabajo; en resumen, con su solidaria asociación, su amistad y su apoyo. Ellos son los verdaderos merecedores de este reconocimiento.

Al retorno de ese peregrinar por los países en donde me ha tocado trabajar, debo agradecer a mi universidad, la Universidad de El Salvador, haberme acogido en lo más alto de sus posiciones, adonde quise vol-

car mi experiencia de varias décadas y, posiblemente, no pude lograrlo, pero sigo creyendo que una Universidad comprometida como la nuestra logrará un día dar la respuesta que su pueblo espera de ella.

Por ello mismo, reitero mi agradecimiento a la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, por honrarme con este grado académico que, como ya señalaba antes, es honor y compromiso.

Quiero concluir suscribiendo las palabras con que cerró su discurso de aceptación del doctorado honoris causa Eduardo Galeano, concedido por la Universidad de El Salvador.

Este mundo, en este tiempo, las catástrofes dicen ser naturales y las desgracias dicen ser fatalidades del destino. Esta universidad de la que ahora formo parte no comparte esa manera resignada de ver las cosas, porque cuando las universidades están de veras identificadas con su tierra y con su gente, cuando no flotan en el aire, como si fueran otro planeta, educan para la libertad y no para la impotencia, educan para la dignidad y no para la obediencia. No nos enseñan a aceptar la realidad sino que nos estimulan a cambiar, porque el destino [...] el destino es el camino, no hay más destino que el camino. El camino que abrimos nosotros los vivientes, los andantes. La libertad, educar para conquistar y defender la libertad, la libertad que es una puerta, una posibilidad, una responsabilidad y sobre todo una puerta.

Ese es el pecado que hemos cometido en nuestras universidades y espero que lo sigamos cometiendo. Ese es el pecado que ha permitido que la salud pública, vista en su forma integral, apoyada por un gran universitario de la UCA, Jon Cortina, produjera uno de los mejores proyectos en ese campo de la salud: Guarjila, un símbolo de la salud pública en El Salvador.

Gracias de nuevo, padre Tojeira y miembros de esta Universidad.

Hacia la libertad por la cultura.

San Salvador, 15 de noviembre de 2006.



Los latinoamericanos estamos seguros de que la Reforma de Córdoba representa la iniciativa que más ha contribuido a dar un perfil a la universidad latinoamericana.

## Origen y futuro de la autonomía universitaria latinoamericana

Universidad de Córdoba, Argentina

Quiero empezar por expresar mi profundo agradecimiento a la Universidad Nacional de Córdoba por su bondadoso gesto de conceder este importante grado académico a esta humilde ciudadana de un pequeño país del centro de esta América Latina rebelde, sufrida y solidaria, para quien Córdoba ha sido y es un verdadero símbolo.

Recibir esta distinción de una universidad cuya historia ha impregnado mi vida desde que inicié mis estudios de medicina en la década de 1940 es una realización y un honor que nunca hubiese imaginado.

De hecho, nuestra generación tuvo el privilegio de encontrar en Córdoba la respuesta a una lucha universitaria y nacional que culminó con la caída de una de las más crueles dictaduras de su historia. El dictador Maximiliano Hernández Martínez, al igual que otros tiranos centroamericanos de la época, Ubico en Guatemala, Somoza en Nicaragua, Carias en Honduras, vieron las universidades públicas de la época como sus acérrimas enemigas; es por esto que la caída del dictador Hernández Martínez en El Salvador en mayo de 1944 trae consigo la recuperación de la autonomía universitaria. Es entonces cuando la Córdoba de 1918 adquiere más presencia en nuestra casa de estudios e impregna nuestros ámbitos universitarios.

Los latinoamericanos estamos seguros de que la Reforma de Córdoba representa la iniciativa que más ha contribuido a dar un perfil a la universidad latinoamericana.

Nuestra universidad, la Universidad de El Salvador, a partir de su fundación en 1841, ha tenido en la autonomía universitaria uno de los indicadores más sensibles de la política gubernamental y de sus vaivenes entre intentos democráticos y regímenes autoritarios. El goce o pérdida de la autonomía ha estado íntimamente vinculada a las características de los gobiernos de turno, generando una alternancia de periodos que resumen 73 años con goce de autonomía y 93 años en que se ha carecido de ella, en varios casos abruptamente suprimida desde los órganos Ejecutivo, Legislativo y Judicial, acompañada a veces de procesos violentos y de cruentas intervenciones militares.

El primer decreto de autonomía en El Salvador se emite en 1871, pero pareciera que la concepción de autonomía no estaba aún clara en las dirigencias universitarias de la época y no es sino hasta principios del siglo XX, con el impacto del movimiento de Córdoba, cuando la universidad comienza a tomar conciencia de su autonomía.

La aspiración por el ejercicio pleno de la autonomía contribuyó a consolidar nuestro sentido de identidad con la universidad latinoamericana y es por el mismo que Córdoba se volvió para nuestras generaciones el ejemplo a seguir y un referente permanente. Eso explica que cuando ya profesional, realizando mis estudios de posgrado en México, se me presentó la oportunidad de visitar Argentina y en especial ser invitada a la Córdoba de nuestros sueños, a dictar un curso de electrocardiografía a la Sociedad de Cardiología, experimenté una gran ilusión y alegría. Esto ocurría en el año 1952. Un gran cordobés, el doctor Óscar Orías, había sido una de las imágenes de aquel grupo de científicos fisiólogos y cardiólogos argentinos de la Escuela de Houssay, a los que tanto respetábamos.

Los invitados a ese Congreso Interamericano de Cardiología tuvimos la oportunidad de conocer y convivir con esos excelentes científicos del área de la salud, pero lamentablemente nos tocó palpar la dura situación a la cual el régimen tenía sometidas a las universidades argentinas. Precisamente en el año de 1952, la policía clausuró los Centros de Estudiantes; la FUA declara una huelga general.

Una larga historia de atropellos y violaciones a la autonomía de las universidades de este país conmueve a la nación argentina.

El continente se solidariza con el exilio argentino que enriqueció los centros universitarios de muchos de nuestros países. Compartimos la alegría de la restauración de la democracia en las universidades argentinas, el respeto a la autonomía y el cogobierno universitario.

Un período de lucha por principios coincidentes con el movimiento de Córdoba llevan a finales de los años sesenta a presenciar en el mundo los grandes movimientos universitarios: el Mayo Francés, Tlatelolco en México, en octubre del mismo año, y las grandes crisis de la mayoría de países latinoamericanos de la época.

Desde las universidades públicas de diferentes países del continente compartimos el embate a la universidad pública argentina y también nos identificamos con la lucha de los centros de educación superior públicos del país, compartimos muy de cerca la restauración de la democracia en 1983 e igualmente las violaciones a las conquistas ganadas. En ese contexto tuve el privilegio de visitar nuevamente nuestra querida Universidad de Córdoba, a inicios de la década de los noventa. En mi calidad de funcionaria en el campo del desarrollo de recursos humanos, particularmente en el área de educación médica, compartí un taller de desarrollo curricular en la querida Facultad de Medicina de Córdoba.

Mi profundo interés por compartir con estudiantes el desarrollo del taller no fue satisfecho y pude comprobar que el espíritu de Córdoba aún sufría de grandes limitaciones. Pero es importante reflexionar sobre la capacidad de la institución universitaria abanderada en el compromiso con la lucha por las libertades y por la independencia intelectual, por la defensa de sus propios derechos y los de su sociedad.

Muchas incomprensiones ha sufrido la comunidad universitaria latinoamericana, las cuales se han traducido en violaciones de distinto tipo y que han detenido sus esfuerzos por contribuir por medio de la educación, de la ciencia y de la técnica al bienestar de nuestras comunidades. A veces las restricciones al libre juego de ideas, la lucha por un futuro mejor han sido reprimidas. Pero una forma más sutil fue desarrollada en el mundo en el combate a la educación superior, como el

limitar su crecimiento por medio de la reducción o no crecimiento del presupuesto universitario.

La década de 1980 fue especialmente dura para nuestras instituciones. El predominio de la dimensión económica sobre la dimensión social golpeó principalmente a la educación terciaria del mundo en desarrollo. Frente a las grandes demandas del sector educativo, los organismos de financiamiento establecieron normas y prioridades exclusivamente hacia los niveles básicos y primarios; consideraron "no rentable" la educación superior. Muchos gobiernos fueron fieles obedientes de dichas políticas.

Un renacer de la vida universitaria a escala latinoamericana y mundial tomó lugar en la segunda mitad de la década de 1990 y tuvo su expresión más genuina en la primera Conferencia Mundial sobre Educación Superior, realizada en París, en octubre de 1998, la cual recoge las posiciones de las diferentes regiones del mundo, que indudablemente lograron cristalizar el reconocimiento a la educación superior con posiciones como la que sigue, contenida en el preámbulo de la declaración:

Dado el alcance y ritmo de las transformaciones, la sociedad cada vez tiende más a establecerse sobre la base del conocimiento, razón de que la educación superior y la investigación formen hoy en día parte fundamental del desarrollo cultural, socioeconómico y ecológicamente sostenible de los individuos, las comunidades y las naciones. Por consiguiente y dado que tiene que hacer frente a imponentes desafíos, la propia educación superior ha de emprender la transformación y la renovación más radicales que jamás haya tenido por delante, de manera que la sociedad contemporánea que en la actualidad vive una profunda crisis de valores pueda trascender las consideraciones meramente económicas y asumir dimensiones de moralidad y espiritualidad más arraigadas.

Es aquí, a 89 años de Córdoba, donde nos parece necesario validar sus propuestas, a la luz de los esfuerzos que las universidades del mundo y, en particular las latinoamericanas, estamos realizando por dar respuesta a los objetivos que la educación superior está planteando en el siglo XXI.

Augusto Salazar Bondy, en un resumen magistral, reduce a cuatro los objetivos fundamentales del movimiento político-académico de la Reforma de Córdoba:

1. Abrir la Universidad a sectores más amplios de alumnos, sin consideración de su origen y posición social, y facilitar en todo lo posible el acceso de estos sectores a las profesiones y especialidades.
2. Dar acceso a la enseñanza a todos los intelectuales y profesionales competentes, sean cuales fueren sus ideologías y su procedencia.
3. Democratizar el gobierno universitario, de donde la participación estudiantil y la representación de los graduados.
4. Vincular la Universidad con el pueblo y con la vida de la nación.

Tanto la Conferencia Mundial de Educación Superior como el amplio proceso de reflexión que le ha sucedido, por medio de cumbres, reuniones de redes, macrouiversidades, congresos y demás, muestran que las aspiraciones del movimiento de Córdoba de 1918 siguen presentes, por lo que quisiéramos enfatizar algunos de los puntos planteados por Salazar Bondy, no necesariamente en el orden propuesto por él.

La apertura de la universidad a sectores cada vez más amplios de alumnos ha sido una meta consignada en la Conferencia Mundial en términos de acceso universal, mérito y discriminación, con el señalamiento de que “no es aceptable ninguna discriminación basada en el género, la raza o la situación económica”.

En conformidad con la Declaración de los Derechos Humanos, “el acceso a la educación superior ha de ser igual para todos en función de los méritos respectivos”.

Este punto ha sido reiteradamente tratado en diferentes conferencias, y en la última reunión IESALC-UNESCO, preparatoria de la segunda Conferencia Mundial de Educación Superior, París 2009, se ha propuesto “la universalización de la educación superior”, que implica además la participación activa de la universidad en la planificación y el apoyo al desarrollo del sistema educativo nacional. Implica también la expansión, por medio de procesos de formación descentralizada que pongan a disposición de todo el país el producto de la experiencia educativa. Experiencia que cobra sentido cuando da respuesta a la necesidad de



formar a todo el personal, desarrollando una calidad caracterizada no solo por su rigor científico, sino por su pertinencia y relevancia social.

El gran propósito de vincular la universidad con el pueblo y con la vida de la nación encuentra una respuesta en la mayor parte del contenido de la Declaración Mundial sobre Educación Superior; ha sido llevada a la práctica por distintos países y lo hemos propuesto para la agenda preparatoria de la segunda Conferencia Mundial de Educación Superior como "articulación Universidad-sociedad", considerando que no es concebible una universidad de espaldas a la sociedad y cuyo quehacer no nazca de su articulación con la comunidad en que se desenvuelve.

La democratización del gobierno universitario ha sido considerada en el artículo de la Conferencia Mundial de Educación Superior y, en mayor o menor grado, se ha operacionalizado en las diferentes instituciones, considerando la democratización del gobierno universitario como una necesidad.

En la misma forma, el acceso a la enseñanza a todos los intelectuales y profesionales competentes, sean cuales fueren sus ideologías, está implicado en la serie de reflexiones contenidas en el campo de la educación para toda la vida, muy presente en la Declaración Mundial.

La breve y muy somera revisión de las propuestas de la Conferencia Mundial y de las diferentes asociaciones y organismos que la están implementando, así como su comparación con el Manifiesto de Córdoba, ha tenido por objeto validar las propuestas que aquellos grupos visionarios y comprometidos con su universidad hicieron hace 89 años. Esta breve revisión lleva consigo un homenaje a ese movimiento y a todos aquellos que en esta universidad y en las diferentes universidades públicas latinoamericanas han luchado y siguen luchando por colocar la educación superior pública de alta calidad al servicio de la sociedad.

Esta universidad, de la cual hoy formo parte, ha dado pasos importantes en la ruptura de esquemas. Uno de los que comparte con nuestra universidad, la Universidad de El Salvador, es haber roto un tabú fuerte: el acceso de la mujer a las más importantes posiciones de dirección universitaria. Córdoba ha elegido a su primera rectora, a

quien rindiendo un homenaje. Una razón más para mi identificación con esta universidad.

El siglo XXI nos encuentra más unidos a escala latinoamericana; de nuestro esfuerzo y compromiso dependerá el futuro de nuestras universidades y de nuestros pueblos. De nuevo, gracias por el honor que me hacen al otorgarme esta distinción, que acepto en mi nombre, el de mi universidad y mi país.

Córdoba, 29 de octubre de 2007.



En un mundo cargado de inequidades, desigualdades y conflictos, aquellos que nos hemos envuelto en el campo de la salud internacional debemos un reconocimiento a Perú y a la Universidad Cayetano Heredia

## Hacia la salud internacional: compromiso y calidad universitaria

Universidad Peruana Cayetano Heredia, Perú

Señora rectora de la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH), doctora Fabiola León-Velarde Servetto; señores miembros del Consejo Superior Universitario; señor Representante de la Organización Panamericana de la Salud, doctor Manuel Peña; profesores, estudiantes y trabajadores de esta querida universidad; compañeros de la OPS-OMS; invitados especiales, sean mis primeras palabras para agradecer a las autoridades de esta emblemática casa de estudios, particularmente a su distinguida rectora y a su honorable Consejo Superior Universitario, el honor que me confieren al otorgarme este alto grado académico. Con esta distinción, mi compromiso adquirido con esta comunidad universitaria desde hace ya varios años incrementa.

A mi profundo respeto por el papel desempeñado por la Universidad Peruana Cayetano Heredia en el campo de la medicina, las ciencias biológicas, las ciencias sociales, la salud pública, la educación superior y la investigación científica se une mi sentido de pertenencia a esta casa a partir de mi nombramiento como profesora honoraria en un miércoles 27 de junio de 1990.

Resulta entonces para mí un reto construir un discurso que además de expresar mi profundo agradecimiento por el honor que se me confiere me permita hacerles llegar, como lo deseo, mi pensamiento sobre la institución que me honra, llevarles mi posición frente al accionar y el

pensar de una universidad latinoamericana que ha dado tanto al Perú, a América Latina y al mundo. Al mismo tiempo considero un deber hacer presente mi reconocimiento a muchos de sus hijos dilectos, un buen número de los cuales no han sido solo compañeros en el trabajo, sino verdaderos hermanos en esta lucha por la educación y la salud de nuestros pueblos y, más aún, en el compromiso con la vida.

Por ello considero que mis palabras se quedarán siempre cortas frente a un compromiso de tales dimensiones.

Oficialmente se publica que esta universidad fue fundada el 22 de septiembre de 1961 como Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, con su Facultad de Medicina Cayetano Heredia, transformada luego en Universidad Peruana Cayetano Heredia a partir del 29 de enero de 1965. Lo trascendente de su creación es que esta universidad se funda como producto del desarrollo científico, de la experiencia educativa, de un probado compromiso con la población universitaria y con el país, que se unen para generar un proyecto universitario que recoge las experiencias vividas, procesadas y compartidas por más de cuatrocientos profesores que integran todas esas experiencias, no solo en su vida académica y profesional a escala nacional sino también internacional. Se trata del liderazgo de un grupo de profesionales cultos, con una sólida formación científica, con un profundo compromiso social, comprometidos en la formación de las nuevas generaciones y con el presente y el futuro de su país.

Con mucha razón el doctor Eduardo Priteli Zárate, ministro de Salud y profesor principal de Medicina de la UPCH, en la conmemoración de los treinta y cinco años de vida de la Universidad, señala que "la sola creación de la UPCH fue un aporte a la nación, contribuyó a elevar la calidad de la enseñanza de la medicina, creó nuevas opciones y oportunidades para los estudiantes y para los profesores y estimuló la competencia para la superación...".

Esa claridad y compromiso con el desarrollo universitario de alta calidad hace que rápidamente a partir de su fundación la universidad queme etapas, acorte plazos y pueda en poco tiempo ir desde la creación de la Escuela Médica transformada en Facultad de Medicina Alberto Hurtado a la creación de una sección de Premedicina o Estudios Generales que fue el origen de la Facultad de Ciencias. Luego, extendiéndose a la creación

de la Facultad de Ciencias y Humanidades, luego a la Facultad de Ciencias y Filosofía, a la creación de la Facultad de Estomatología, luego Veterinaria y Zootecnia, Salud Pública, Enfermería, Educación y Psicología. Igualmente se crea la Escuela de Posgrado Víctor Alzamora Castro. El énfasis en la investigación lleva consigo el desarrollo del gran campo de la investigación de los problemas de altura, con el patrocinio de los institutos nacionales de salud de los Estados Unidos, la creación de siete institutos de investigación de nivel universitario y tres de nivel de facultades.

Sobre cada una de esas facultades hay mucho que decir. No son facultades del montón. Tienen la característica de ser instituciones de avanzada, líderes en cada uno de sus respectivos campos, capaces de generar nuevos modelos educativos y de práctica profesional, como es el caso de la salud pública y la estomatología, entre otras. No solo fueron capaces de incorporar las nuevas tendencias de la educación latinoamericana y las nuevas prácticas profesionales de avanzada en el mundo, sino que fueron elementos clave en la construcción de nuevas tendencias. Un importante intercambio nacional e internacional ha caracterizado la vida de esta Universidad.

Los límites de esta exposición no nos permiten recoger, como quisiéramos, la larga lista de educadores, investigadores e intelectuales heredianos y sus obras, a partir de las cuales puede entenderse cómo se construye en pocas décadas una institución con la solidez de esta universidad. Analizar el pensamiento de sus fundadores y detenerme en cada uno de sus escritos ha representado para mí vivir y revivir la lucha de la academia latinoamericana, puesta al servicio de nuestros países a través de una producción científica de la más alta calidad y de una educación transformadora al servicio de la sociedad. Y sobre todo de una voluntad férrea para alcanzar sus metas.

Detenerme en el análisis de figuras cimeras como don Carlos Monge Carinelli, don Alberto Hurtado, el compañero cardiólogo Víctor Alzamora, nuestro querido amigo el profesor Enrique Fernández, nuestro compañero en varias de las reuniones de la OPS, en particular en el área de farmacología, Vicente Zapata Ortiz o el incansable Roberto Beltrán y otros queridos compañeros que lucharon por la educación superior, la investigación y la defensa de nuestras casas de estudio sería injusto con todas aquellas figuras que en el caso de la Universidad Peruana Caye-

tano Heredia han hecho contribuciones importantes en la construcción de la educación superior de esta América Latina nuestra, tan sufrida, tan golpeada, tan llena de inequidades, pero al mismo tiempo dispuesta a seguir en la lucha por contribuir al desarrollo de nuestras potencialidades, orientadas a la construcción de un futuro mejor para nuestros pueblos.

La lucha de la Universidad Peruana Cayetano Heredia ha sido ejemplar, y muchos de nosotros hemos tenido el privilegio de compartir experiencias al lado de figuras excepcionales. Entre ellas, la del inestimable compañero, educador por excelencia, gran salubrista y transgresor de los patrones profesionales, pues fue al mismo tiempo cirujano cardiovascular, docente, administrador, ciudadano del mundo. A él le corresponde con propiedad más que a ningún otro la expresión que Mario Róvere usó en la presentación de su libro, cuando caracterizó su "actitud docente frente a la vida, una búsqueda activa en la promoción de cuadros jóvenes, la inquietud por la innovación y una actitud generosa". Me refiero a Carlos Vidal Layseca, en homenaje de quien me propongo orientar mis siguientes palabras.

La magnitud de la obra de Vidal y la historia de su querida y respetada UPCH puede valorarse en gran parte en esa publicación a que hace referencia Róvere, obra en tres tomos con más de mil trescientas páginas cuyo título califica su vida: *Apuntes de una vida dedicada a la gente*. Obligadamente esa orientación requiere el abordaje de numerosas instituciones y procesos. Digo esto porque hablar de Carlos Vidal es hablar de la Universidad Cayetano Heredia y de muchas universidades del continente. Hablar de Carlos Vidal es hablar de la salud en Perú y en las Américas, es hablar de la educación superior en su país y en muchos otros países, es hablar de medicina comunitaria, es hablar de educación médica y salud, es hablar de medicina social, es hablar de la cooperación internacional en la región de las Américas y es hablar de la OPS.

En otras palabras, educación y salud al servicio de la comunidad es el objeto de estudio, de trabajo y de compromiso de este extraordinario ciudadano del mundo, cuya obra enaltece a su universidad y a su país y a quien rindo el más sentido de mis homenajes.

En un mundo cargado de inequidades, desigualdades y conflictos agudizados por la grandes crisis económica, alimentarias y energéticas, aquellos que nos hemos envuelto en el campo de la salud internacional

debemos un reconocimiento a Perú, a la Cayetano Heredia y a Carlos Vidal por la importante participación de un numeroso grupo de jóvenes profesionales de su institución en el Programa de Salud Internacional de la ops y en forma especial deseo hacer un reconocimiento a dos excelentes peruanos de esta casa, que actualmente trabajan en las sedes de la ops y la oms, y cuyo comprometido quehacer ha puesto muy en alto a su alma máter. Me refiero a Pedro Brito, coordinador de Servicios de Salud en ops-Washington dc, y a Eugenio Villar, actualmente en el secretariado de la Comisión de Determinantes Sociales de la Salud en oms, Ginebra. Ambos funcionarios, profundamente impregnados del espíritu hercediano, han dado a la salud internacional por medio de sus respectivos organismos las muestras de su competencia, su amplia visión y su compromiso con la salud de los pueblos del mundo.

La Universidad Peruana Cayetano Heredia puede sentirse satisfecha de la labor cumplida y por sus resultados en momentos de grandes retos para la universidad; estoy segura de que van a constituirse en poderosos estímulos a su capacidad de hacer, de renovar, de crecer y de servir.

En mi condición de mujer envuelta en esta dura lucha por la equidad de género, debo un reconocimiento especial a la Universidad Peruana Cayetano Heredia por haber valorado los méritos de una distinguida profesional, probada investigadora en el campo de la fisiología de altura. Una mujer de méritos ampliamente reconocidos a escala internacional, con una amplia producción científica y un liderazgo en los organismos de dirección de la investigación científica mundial. Esta mujer, que luego de haber estado cuatro años al frente del Vicerrectorado de Investigación de la upch, alcanza mercedamente el más alto cargo de dirección en su universidad, por lo que es un honor y una satisfacción para mi persona que el grado académico que me otorga la universidad sea entregado por una mujer rectora con los méritos de la doctora Fabiola León-Velarde Servetto.

Es para mí un orgullo ser galardonada con el máximo grado académico de esta prestigiosa universidad, a la cual respeto y admiro. Gracias de nuevo a sus autoridades y en particular a su rectora y a todos aquellos que han contribuido a que este reconocimiento fuera posible.

Gracias.

Lima, Perú, a 23 de octubre de 2008.





Es tiempo de retomar la bandera de la unión centroamericana destrozada históricamente por guerras de independencia e intereses separatistas que la llevaron, a hacer un *Estado soberano de cada aldea*.

## Raíces y frutos de la educación superior centroamericana

Universidad de San Carlos de Borromeo, Guatemala

Sr. rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala, licenciado Estuardo Gálvez Barrios; señora presidenta del Instituto de la Mujer de la Universidad de San Carlos, Licenciada Miriam Maldonado; autoridades de gobierno; honorables miembros del cuerpo diplomático; representante de organismos internacionales; señor secretario general del CSUCA, ingeniero Efraín Medina; señor rector de la Universidad de El Salvador, ingeniero Rufino Antonio Quezada; señora presidenta de la Asamblea General Universitaria de la Universidad de El Salvador, doctora Claudia Cerna; compañeros y compañeras universitarias de las universidades centroamericanas Universidad de San Carlos y Universidad de El Salvador; amigos y amigas y familia que me acompañan.

Sean mis primeras palabras para expresar mi profundo agradecimiento a la Universidad de San Carlos y en particular a su distinguido rector, licenciado Estuardo Gálvez Barrios, y al honorable Consejo Superior Universitario por el alto honor que me confieren al otorgarme el más alto grado académico, el doctorado honoris causa, de esta ilustre casa, la más antigua y emblemática universidad de nuestra región centroamericana, cuya lucha por lo académico ha ido siempre paralela a su compromiso con las ideas libertarias en la construcción de esta Centroamérica nuestra, tan sufrida, tan golpeada; pero siempre rebelde y com-

prometida con el pasado, el presente y el futuro de nuestros pueblos. Quiero, al mismo tiempo, presentar mis agradecimientos a las queridas compañeras del Instituto Universitario de la Mujer, en particular a su presidenta, la doctora Miriam Maldonado, de quienes partió la iniciativa de solicitar al Consejo Superior Universitario conferirme este grado académico que me honra y enaltece.

### **El papel de la Universidad de San Carlos en la construcción de la educación superior en Centroamérica**

La verdadera dimensión de mi respeto y reconocimiento a la Universidad que hoy me acoge en su seno como doctora honoris causa debería poder expresarse en esta exposición, que limitada por el inexorable paso de los minutos apenas me permitirá trazar unas frágiles pinceladas de esta maravillosa historia, que en un sinnúmero de publicaciones atesora el legado de grandes intelectuales y patriotas de esta gran patria centroamericana.

Específicamente voy a referirme al papel desempeñado por la Universidad de San Carlos en la construcción de la educación superior centroamericana, con especial énfasis en el desarrollo de nuestras dos universidades hermanas, San Carlos de Guatemala y Universidad de El Salvador.

Es habitual referirse a la fundación de una universidad a partir de la fecha de emisión de su decreto de fundación; así, el 31 de enero de 1676 nace la Real Universidad de San Carlos, pero lo que habitualmente se omite con ello la tesonera e incansable tarea que precede a su fundación y que en este caso corresponde sobre todo al obispo de Guatemala don Francisco Marroquín.

José Mata Gavidia, en su excelente obra sobre la fundación de la Universidad de San Carlos, da vida en un extraordinario capítulo a los esfuerzos del obispo Marroquín. A partir de su primera carta del 15 de marzo de 1545, Marroquín pide al rey que se instalen los estudios universitarios en Guatemala y hace la propuesta concreta para que se "asiente un estudio a manera de Universidad". La carta de Marroquín fue desoída y nuevamente el obispo pide a gritos al rey el 4 de julio

de 1554 que cree la institución universitaria, solicitud que se repite en 1556, en 1558 y en 1559.

Quizás uno de los más importantes capítulos de esta historia que nos muestra Mata Gavidia, además del razonamiento sobre la justificación del insistente pedido de Guatemala sobre la creación de la universidad, es el hecho de considerar que “la creación de una universidad supone un ambiente de cierta cultura para realizarse” y que “a nadie se le ocurriría ir a fundar una Universidad de estudios humanistas o jurídicos en una selva de analfabetas...”. En ese sentido, es reconocido por todos los historiadores que cuando sin cesar Guatemala pedía una universidad a la Corona ya contaba con “el medio humano cultural capaz de ir a las aulas” y, más aún, “no iban a las aulas ignorantes sin letras algunas sino estudiantes que hubieran hecho estudios de primeras letras y de disciplinas humanistas”.

Después del importante papel desarrollado en la búsqueda de la legitimización de los estudios universitarios por la Corona, precedidos por los esfuerzos para la constitución del Colegio de Santo Tomás, Marroquín muere sin haber logrado su propósito, pero la lucha por la creación de la Universidad de San Carlos sigue en el contexto de un ambiente cultural que justificaba su creación.

Ese ambiente cultural se sostuvo durante más de medio siglo, tiempo en el que salen a la palestra cinco conatos de universidad: el Colegio de Santo Tomás, 1620; el Colegio de Santo Domingo, 1625; el Colegio de San Lucas de los Jesuitas, 1622, 1626, 1640, 1676, y nuevamente el Colegio de Santo Tomás, 1669. Por eso Mata Gavidia plantea que la vida universitaria guatemalteca marca su inicio a partir de 1620, 56 años antes de la fundación de la Universidad de San Carlos, que por fin se vuelve una realidad el 26 de octubre de 1676. Puede decirse que la universidad quedó definitivamente organizada bajo la rectoría del doctor José Baños Salazar, lo que Mata Gavidia llama plenitud académica, el 10 de enero de 1687, y que para muchos es la magna fecha de la plena realización universitaria y el día que se considera que la historia cultural centroamericana abre el capítulo universitario a la altura de Salamanca, Alcalá, Valladolid, México y Lima. Es lo que con tanto fervor pedía el obispo Marroquín y la ciudad de Guatemala desde 1548.

En esta solemne fecha, las bulas del 18 de junio de 1687 otorgadas por el papa Inocencio XI elevaron el rango de San Carlos a alma máter guatemalteca y le concedieron todos los privilegios de México y Lima, y a sus graduados el derecho a incorporarse a cualquier universidad del mundo. La categoría de pontificia le fue otorgada por Carlos II.

Detenerse a reflexionar sobre los momentos fundamentales que hicieron posible el funcionamiento de la Universidad de San Carlos, sus estatutos y sus reglamentos implica conceder un reconocimiento especial a un personaje clave en su desarrollo.

Me refiero a don Francisco de Sarassa y Arce, juez, superintendente y rector, considerado fundador ideológico de la Universidad de San Carlos, su verdadero primer rector. Sus propuestas sobre la fundación de un colegio universitario para universitarios pobres y sus realizaciones como amigo de los indígenas que lo llevaron a elevar al alto rango de facultad la docencia de las lenguas indígenas pueden ser consideradas de avanzada en nuestro tiempo.

A partir de estos antecedentes, es tiempo de analizar el papel de la Universidad de San Carlos en la vida académica y política de las provincias centroamericanas. Es indudable que Guatemala es el punto de confluencia de los grandes líderes del istmo y de cuya formación, pensamiento y accionar van a enriquecerse tanto las diferentes provincias de la gran patria centroamericana como la propia capital. John Tate Laninng, el gran estudioso de la ilustración de la Universidad de San Carlos, nos dice que "Guatemala fue a mediados de la década de 1790 el punto de convergencia de un grupo de distinguidos intelectuales hispanoamericanos que nada tenían que envidiar a los más sabios hombres de México y Lima".

Los estudios de Laninng sobre la reforma educativa ilustrada orientan en el sentido de que el movimiento de independencia está fundamentado en dicha reforma. Esta reforma, iniciada con la enseñanza de la física newtoniana por el padre José Antonio de Liendo y Goicochea, originario de Cartago, Costa Rica, busca el desarrollo de la libertad, sustentado en el principio de la razón, la búsqueda del progreso y el bienestar de los pueblos por medio del conocimiento útil.

En el desarrollo de esta reforma, que culmina con la independencia de 1821 a 1823, destacan en el ámbito intelectual y político diferentes fi-

guras de las provincias del Reino de Guatemala. Entre ellos José Matías Delgado, nacido en San Salvador, formado en Guatemala y quien fue el eje alrededor del cual se generaron las ideas y los movimientos revolucionarios que dieron por resultado la independencia centroamericana. Fue rector de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos.

No podemos dejar de mencionar al gran patriota José Simeón Cañas, nacido en la ciudad de Zacatecoluca, El Salvador, que también desempeñó el puesto de rector de la Pontificia Universidad de San Carlos. Su lucha por la abolición de la esclavitud se da en el contexto de su visión y lucha por la igualdad de los seres humanos.

La ilustración y el desarrollo de la patria centroamericana no pueden tratarse sin ofrecer un puesto especial a una gran figura, al máximo pensador centroamericano, alumno de Liendo y Goicochea. Me refiero a José Cecilio del Valle, nacido en Choluteca, Honduras, quien fue abogado, filósofo y estudioso de las ciencias y las letras. Creador, innovador y reformador educativo, Valle es artífice y redactor del Acta de Independencia en 1821.

Concebir al hombre que desarrolla un papel trascendental en la independencia de su patria y a su vez al pensador de la ciencia y la educación no es nada fácil. Pero en la vida de Centroamérica deben resonar siempre las frases de José Cecilio del Valle que, como aquella en que inicia su memoria sobre la educación, dice: "...las ciencias son el origen primero de todo bien. No hay en las sociedades políticas uno solo que no emane de ellas. Lo más bello, lo más grande, lo más sublime es obra suya".

En su introducción a las *Memorias de la Sociedad Económica de Amantes de Guatemala*, José Cecilio del Valle dice: "Los sabios descienden de las alturas más elevadas a los principios más humildes de las artes y ciencias para formar y dar luz a los alfabetos de ellos mismos".

En las mismas memorias plantea que "...si queremos que subsista lo político, pensemos, como corresponde, en lo económico. Tener derechos, y vivir desnudos, sería muy triste vivir. Ya sabemos que nuestra nación es independiente, libre y soberana. Volvamos la vista a los ramos de riqueza que deben ser base sólida de la independencia, libertad, y soberanía. Aprendamos a ser verdaderos agricultores, artistas y co-

merciantes. Cuanto más observo nuestras tierras, minerales, vegetales y animales, tanto más admiro la riqueza de las producciones naturales”.

Para finalizar, en su escrito *Las matemáticas en sus relaciones con la prosperidad de los Estados*, Valle plantea: “Un individuo que no sabe pensar, leer, medir, ni contar, es un ser dependiente de los que tienen estas aptitudes. Y una nación ignorante estará también en dependencia proporcional a su ignorancia”. “La verdadera libertad exige ilustración: la educación de la ilustración que se necesita; y el estudio de las matemáticas es parte eminente de la educación”.

En esa lista de figuras representativas de la intelectualidad centroamericana forjada en la Universidad de San Carlos no puede faltar la recia figura de Juan José de Aycinena, quien fuera rector de la Universidad de San Carlos durante 21 años, en una época difícil de luchas ideológicas y graves problemas que enfrentaba la universidad en su refundación.

De hecho, a pesar de haber adquirido una reputación como centro de ilustración durante la administración del licenciado Mariano Gálvez, la universidad fue cerrada para dar paso a la Academia de Ciencias en septiembre de 1832, la cual llegó a funcionar como un Ministerio de Educación. La Academia de Ciencias no logró consolidarse y la caída de Gálvez en 1840 lleva de nuevo a la apertura de la Pontificia Universidad de San Carlos y a la elección de Aycinena como rector. La dura y larga tarea de Aycinena para no dejar morir a la universidad llevó consigo la lucha por lo académico, pero al mismo tiempo la pelea por su financiamiento.

Para muchos estudiosos, pese a las dificultades económicas, la Universidad de San Carlos entró en un periodo de intensa actividad educativa. Según Chandler, del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica de Antigua Guatemala “Cualesquiera que hayan sido las limitaciones de la educación universitaria entre 1840 y 1865, Aycinena merece ser reconocido por su distinguida carrera como rector, ya que enfrentándose a los obstáculos que habrían vencido a individuos de menos ingenio, mantuvo activa la universidad durante un largo periodo de crisis a un nivel de rendimiento cuantitativo incomparable en su historia”.

Entre de los muchos estudiosos y luchadores de la educación, la cultura, la independencia y la construcción de la patria centroamericana que se nos quedan en el tintero hay una figura de grandes proporciones que apenas dejaremos consignada, pero que no podemos olvidar porque sus ideas y su pensamiento impactan antes y en mayor proporción a la provincia de Guatemala que a su propia ciudad natal en El Salvador: me refiero a Alberto Masferrer.

Parte importante de la vida y la obra de Masferrer ocurre en Guatemala. Es importante señalar que este gran pensador centroamericano influyó sustancialmente a las élites guatemaltecas e impactó grupos estudiantiles, campesinos, ligas de obreros, maestras, mujeres, élites intelectuales y grupos políticos de las generaciones de 1898, 1910 y 1920. Según algunos de sus biógrafos, su influencia perduró hasta la revolución de 1944. Se considera que la presencia de Masferrer en la región fue más allá de la simple influencia intelectual del "maestro". El pensamiento de Masferrer tuvo importantes implicaciones políticas en la creación de sociedades, círculos y partidos políticos; en la modificación de normas y en la legislación en materia de educación y regeneración moral del individuo y de la sociedad, y sobre todo fomentó la creación y movilización de la opinión pública, abriendo nuevos debates relacionados con la ampliación de los derechos políticos y sociales de la ciudadanía, de las mujeres y de los grupos subalternos.

Quedamos en deuda con grandes pensadores e integrantes de las luchas libertarias que han desempeñado un papel principal en la construcción de nuestra patria.

### **Vidas paralelas y profundamente interrelacionadas (1841-1944)**

A partir de la creación de la Universidad de El Salvador, en febrero de 1841, las comunidades de nuestras dos universidades siguen caminos paralelos en su desarrollo académico, en la lucha por sus derechos y en la lucha por las libertades nacionales. Comparten los efectos de la problemática criolla de sus respectivos países, constituyéndose en elementos cen-



trales de su quehacer la lucha por su autonomía y el papel crucial desempeñado por el sector estudiantil, tanto en la lucha universitaria como en la nacional, particularmente en las cruentas luchas contra las dictaduras.

La lucha por la autonomía, tal como ha sido considerado a escala latinoamericana, implica:

- El reconocimiento del derecho de la comunidad universitaria a elegir a sus autoridades universitarias sin interferencias extrañas.
- La libertad de cátedra y la designación de los profesores mediante procedimientos meramente académicos que garanticen su idoneidad.
- La dirección y gobierno de la universidad por sus propios directivos.
- La participación estudiantil.
- La aprobación de planes y programas de estudios.
- La elaboración y aprobación del presupuesto universitario.
- La búsqueda de mecanismos que permitan a la universidad su autofinanciamiento.
- La inviolabilidad de los recintos universitarios.

Para Guatemala, el primer reconocimiento de la autonomía universitaria se da en 1921, esto es a los 245 años de existencia la Universidad de San Carlos; mientras que en El Salvador el primer decreto de autonomía surge en 1871, sin que estuviese muy claro para la dirigencia universitaria el ejercicio de dicho derecho y no es sino hasta posteriormente que la universidad toma conciencia de su significado.

Los altibajos en el goce de la autonomía son evidentes en el caso de Guatemala, cuando dicha autonomía es suprimida en la reforma constitucional de 1927 y rescatada en 1929. De nuevo, la dictadura de Ubico suprime la autonomía el 14 de mayo de 1931.

Al mismo tiempo, en 1931, El Salvador pierde su autonomía con la instalación de la dictadura de 13 años del general Maximiliano Hernández Martínez.

Ambos pueblos se enfrascan simultáneamente en la lucha crucial contra sus respectivas dictaduras. Guatemala logra la caída de Ubico el 21 de octubre de 1944 a través de un movimiento social encabezado por el sector estudiantil, y es la Junta Revolucionaria quien decreta la autonomía de la Universidad de San Carlos en 1944. Siguiendo un pro-

ceso paralelo de lucha que culmina con una huelga de brazos caídos que provoca el derrumbe del general Martínez, la Universidad de El Salvador recupera su autonomía en 1944; igualmente el estudiantado de la Universidad de El Salvador ejerce una función protagónica en la caída de la dictadura y el consiguiente impacto en la universidad.

La caída simultánea de las dictaduras en nuestros respectivos países trajo consigo el desarrollo de un proceso de democratización que, aunque enfrentaba factores que amenazaban su estabilidad, ofreció el clima para la unidad y el desarrollo de un fructífero intercambio, particularmente manifiesto entre las asociaciones estudiantiles de las dos universidades.

El clima creado por la llegada de la Junta Revolucionaria de Gobierno fue para los jóvenes de aquella época un regalo de la vida. Ese proceso, seguido del ascenso a la presidencia de Guatemala de Juan José Arévalo, fortaleció el ambiente democrático. Entonces las representaciones estudiantiles encontrábamos en el palacio de gobierno guatemalteco un ambiente de amistad, de entendimiento, de hermandad y de solidaridad propicio para estimular la construcción de nuestras soñadas democracias. Nos tocó ser parte de esa maravillosa primavera; nuestros encuentros en las visitas recíprocas de la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS) y de la Asociación de Estudiantes Universitarios Guatemaltecos (AEU) nos hicieron crecer. Distinguidos universitarios guatemaltecos que luego fueron personajes famosos a escala nacional eran nuestros anfitriones.

Aún vibran en mis oídos los brillantes discursos de nuestros grandes oradores en el elegante ámbito del palacio presidencial. Me parece escuchar al gran orador guatemalteco Manuel Galich, posteriormente un excelente Ministro de Educación. A Manuel Galich respondía con gran elegancia y brillantez nuestro orador estrella, Reynaldo Galindo Polh. Recuerdo también a Alfonso Bauer Paiz, los entonces estudiantes Francisco Villagrán y Marco Antonio Villamar, entre otros. Ellos nos hicieron vivir la nueva Guatemala. Con todos aquellos queridos compañeros de entonces, muchos de los cuales ya han desaparecido, quiero compartir la distinción que esta querida universidad me ofrece este día.

La autonomía por la cual luchábamos estuvo sometida a muchos altibajos. La Junta Revolucionaria de Gobierno concedió la autonomía

y la Universidad de San Carlos en 1944, la Asamblea Nacional Constituyente de 1945 estipuló que el Estado debía contribuir a asegurar y acrecentar el patrimonio universitario. La Constitución de 1956, pese al ambiente hostil creado tras la caída de Árbenz, mantiene y amplía la atribución de la universidad para organizar, dirigir y desarrollar la enseñanza superior y la educación profesional, dándole fondos con una asignación del dos por ciento del presupuesto nacional. La Constitución del 15 de septiembre de 1965 determinó el carácter nacional y autónomo de la Universidad de San Carlos, configurándola como institución descentralizada del Estado con capacidad para darse sus propios estatutos y reglamentos. La Constitución Política de 1985 ratificó que la Universidad de San Carlos de Guatemala es una institución autónoma con personalidad jurídica, reiterando que como única universidad estatal dirige, organiza y desarrolla la educación superior del Estado y la educación superior universitaria estatal. Asimismo, le dio la potestad de promover la investigación en todas las esferas del conocimiento y cooperar en el estudio y la solución de los problemas nacionales. Le corresponde una asignación no menor del cinco por ciento del presupuesto general de ingresos ordinarios del Estado.

En el caso de El Salvador, aun cuando la autonomía universitaria había sido reconocida y arrebatada por decretos ejecutivos, no había alcanzado la calidad de disposición constitucional. Con la participación de los estudiantes universitarios en las discusiones de la Asamblea Constituyente y como culminación de una lucha de más de cien años, se logró la inclusión del artículo 205 en la Constitución Política del 7 de septiembre de 1950. Ese artículo reza así:

La universidad es autónoma en los aspectos administrativos y económicos, y deberá prestar un servicio social. Se regirá por Estatutos enmarcados en una Ley que sentará los principios generales para su organización y funcionamiento. El Estado contribuirá a asegurar y acrecentar el patrimonio universitario y consignará anualmente en el presupuesto las partidas asignadas al sostenimiento de la universidad.

Pese a ello, durante el gobierno del coronel José María Lemus, el 19 de septiembre de 1960, las fuerzas de seguridad irrumpieron el recinto

universitario, golpeando brutalmente a sus autoridades, lo cual provocó en parte a la caída del presidente Lemus. Este hecho trajo la necesidad de una nueva Constitución Política, que fue decretada el 8 de enero de 1962. Se conservó intacto el principio de autonomía universitaria consagrada en la constitución de 1950.

### **El embate contra la educación superior en el contexto de los movimientos nacionales contra las grandes inequidades y desigualdades sociales**

En la década de 1970, con los antecedentes inmediatos de los últimos años de los sesenta, con el Tlatelolco mexicano en octubre de 1968, el Mayo Francés también de 1968, y en donde nuestras universidades reciben el impacto de la ola represiva que violentó los principios básicos de nuestras autonomías, comienza un periodo particularmente difícil para las universidades públicas en el mundo.

Guatemala registra este periodo con el recuerdo del embate brutal de las fuerzas de seguridad, no solo de las fuerzas regulares sino de grupos clandestinos; pero también a partir de estos procesos se abrieron corrientes progresistas y revolucionarias que buscaban un cambio en el país mediante distintas formas de lucha, incluyendo la armada.

En 1978 se inicia la peor ola represiva en la historia de Guatemala. El gobierno de Lucas García califica a la Universidad de San Carlos como "centro de subversión", e igual que en el caso salvadoreño, tales epítetos sirven de excusa para las intervenciones. Para 1980, el Gobierno desató una oleada de violencia en contra de la Universidad de San Carlos en la que cientos de universitarios fueron asesinados o desaparecidos. El movimiento estudiantil fue reprimido al extremo de haber perdido en forma completa varias generaciones de líderes. El conflicto se da por terminado con la firma de los Acuerdos de Paz en 1996.

En el caso de El Salvador, es el 19 de julio de 1972 cuando la universidad sufre una embestida brutal más en contra de su autonomía. Fue intervenido el campus universitario, se destruyó la estructura docente y de investigación, se saquearon y destruyeron las bibliotecas y laborato-

rios, se asesinó y persiguió a la comunidad universitaria, lo que generó la consiguiente fuga de personal. Además de ello, mediante un decreto de la Asamblea Legislativa, se dejó sin efecto el nombramiento de las autoridades universitarias, personal docente y administrativo. La universidad fue ocupada por el ejército y se nombró una comisión normalizadora.

En marzo de 1977, la Asamblea Legislativa aprobó el Consejo de Administración de la Universidad de El Salvador (CAPUES), fatídico organismo que asumió las funciones del Consejo Superior Universitario y la Asamblea General Universitaria.

Una nueva Constitución se promulgó en el año 1983: en su artículo 61 mantiene la autonomía de la Universidad en los aspectos docentes, administrativos y económicos, respeta la libertad de cátedra, pero ya incorpora la ley especial para la creación y el funcionamiento de las universidades privadas.

La Ley Orgánica de la Universidad, publicada en el *Diario Oficial* del 25 de mayo de 1999, reconoce y ratifica la autonomía en los aspectos docentes, administrativos y económicos. Una nueva interrogante surge a partir de este periodo: ¿realmente se están respetando los principios que garantizan la autonomía universitaria?

En el contexto de este aparente ejercicio de autonomía universitaria surgen situaciones que ponen en duda el ejercicio pleno de dicha conquista. De hecho, una flagrante violación a la autonomía con invasión de los recintos universitarios tuvo lugar el 5 de julio de 2005, lo cual fue un nuevo signo de la fragilidad de dicha autonomía.

Siguiendo caminos paralelos, con las crisis de nuestras guerras civiles desarrolladas en el periodo de 1970 a 1990, se cierra oficialmente el conflicto en El Salvador con la firma de los Acuerdos de Paz en 1992.

Ante tal situación cabe preguntarnos cuál debe ser el camino para que nuestras universidades, cumpliendo con su cometido de servicio a la sociedad, identifiquen las nuevas formas de intervención y violación de su autonomía. Podrían ya no ser las balas y la violencia destructora de nuestras instalaciones físicas, podría no haber saqueo ni atropello a nuestros docentes, autoridades o estudiantes, pero existen formas más sutiles como son el estrangulamiento económico, el aislamiento de los problemas trascendentes de la vida nacional, la prioridad concedida a las universidades e instituciones educativas con fines de lucro y otras formas de intervención.

## El contexto de la integración centroamericana

Este año Centroamérica conmemora sesenta años de existencia de la Confederación Universitaria Centroamericana y su máximo organismo directivo, el Consejo Superior Universitario (CSUCA).

Es bueno recordar que nuestro máximo organismo de coordinación, integración y conducción de la educación superior pública es el primer organismo de integración de la educación superior que se crea a escala internacional. Producto de largos periodos de reflexión y anhelos de los pueblos del istmo, el CSUCA se crea en El Salvador por resolución del Primer Congreso Universitario Centroamericano convocado por un ilustre salvadoreño, el doctor Carlos Llerena, rector entonces de la Universidad de El Salvador. El doctor Llerena convocó a las universidades centroamericanas para estudiar los convenios internacionales sobre el ejercicio de las profesiones liberales y los planes de estudio de las diversas universidades del área con miras a su unificación. A partir de esta primera reunión, por iniciativa del gran rector de la Universidad de San Carlos, Carlos Martínez Durán, se convoca a las universidades latinoamericanas en Guatemala, en 1949, en donde se crea la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL). Justo es ofrecer nuestro reconocimiento a estos dos ilustres personajes que desempeñaron un papel trascendental en la vida de nuestras universidades, no solo en cuanto a sus reformas académicas, sino en el fundamental proceso de integración de nuestras casas de estudio y de nuestra comunidad universitaria en el contexto de los esfuerzos por la unidad centroamericana.

A los sesenta años de vida del CSUCA, es justo que le reiteremos nuestro reconocimiento por la función que ha cumplido en el desarrollo armónico de nuestra educación superior. Pero resulta más importante aún pensar, y por ello les invito a reflexionar, en el reto al que se enfrenta nuestra confederación en esta coyuntura grave, no solo en el campo regional sino mundial, en un mundo desigual, un mundo de desigualdades en lo económico, en lo social y fundamentalmente en nuestra comunidad educativa enfrentada a una llamada sociedad del conocimiento y de la información en la que muy poco contamos.

Es imperativo trabajar por la identidad centroamericana. Es tiempo de ayudarnos a crecer juntos y luchar por que la región ofrezca un solo frente en lo económico, en lo político, en lo científico y en lo cultural.

Es tiempo de retomar la bandera de la unión centroamericana destrozada históricamente por guerras de independencia e intereses separatistas que la llevaron, como señala Jorge Sol, trayendo a cuenta palabras de Sarmiento, "a hacer un Estado soberano de cada aldea". Debemos invitar a las nuevas generaciones a repensar y retomar el desarrollo regional integral como la gran meta de la confederación centroamericana, en el contexto de lo cual las universidades públicas de Centroamérica están llamadas a participar mediante el desarrollo de su potencial humano, de la producción de nuevo conocimiento y de la articulación con su sociedad, la sociedad de la patria grande.

Una confederación centroamericana de universidades fuerte, comprometida y útil a la sociedad volverá imposible que se le atropelle, que se le ignore o se le irrespete.

### **La lucha por la equidad de género en la construcción de una nueva sociedad**

Las consideraciones sobre universidad pública y autónoma, sobre su vida política y académica, se quedarían trucas si no hacemos presente nuestro reconocimiento al esfuerzo que en nuestras dos universidades han venido realizando grupos importantes de compañeras, pioneras en la apertura de un espacio que parecía cerrado a nuevas corrientes de pensamiento y acción sobre la equidad de género, trabajo que fue más allá del realizado por líderes o por grupos aislados u organismos no gubernamentales que han trabajado intensamente en la defensa de los derechos de las mujeres.

La visión solidaria de las compañeras del Instituto Universitario de la Mujer de la Universidad de San Carlos merece todo mi respeto y mi especial agradecimiento, por haber pensado que esta modesta compañera salvadoreña podía ser acreedora a esta distinción. Su selección me honra y me compromete, al igual que me siento profundamente honrada con venir a engrosar la lista de mujeres galardonadas con el doctorado

honoris causa de esta universidad: Gabriela Mistral, Rigoberta Menchú, Michelle Bachelet y Annette Hsiu Lien Lu.

Si bien es cierto que no han sido ajenos al movimiento mundial por la equidad de género algunos grupos de avanzada en nuestras universidades, no podemos decir que el panorama es todo lo estimulante que quisiéramos. Nuestras universidades se han incorporado tardíamente a la lucha por los derechos de las mujeres, cuando muchos movimientos habían avanzado fuera de ellas. Pese al reconocimiento mundial que exige construir una plataforma en que descansa la defensa de los derechos de la mujer, que no se quede en la declaración, sino que se realice en acciones precisas, aún encontramos en nuestras universidades resistencias considerables, a veces cómplices de la apatía y el no reconocimiento a la equidad de género, pese a la observación permanente de las condiciones de desigualdad e inequidad en que la mujer se mueve.

La Conferencia Mundial sobre Educación Superior concluyó que hay que "definir y aplicar políticas destinadas a eliminar de la enseñanza superior todos los prejuicios fundados en el género y consolidar la participación de la mujer en todos los niveles y en todas las disciplinas en que está poco representada en la actualidad y especialmente su intervención activa en la adopción de decisiones".

En esta línea, el Instituto Universitario de la Mujer en Guatemala y el Centro de Estudios de Género en El Salvador han logrado formular y están en vías de lograr el cumplimiento de sus políticas de equidad de género a escala universitaria.

La historia nos muestra el fuerte retraso que nuestras universidades exhiben en la participación real de la mujer. Las compañeras salvadoreñas han mencionado como un ejemplo de la dificultad de acceso de la mujer a los estudios universitarios el hecho de que se tuvo que esperar 43 años después de la fundación de la Universidad para que se graduara la primera mujer, la ingeniera topógrafa Antonia Navarro, la primera mujer centroamericana en obtener un título universitario.

Es hasta 1919 cuando Olimpia Altuve se constituye en la primera mujer graduada en Guatemala en la Universidad de San Carlos, 243 años después de fundada la universidad.



Si consideramos aisladamente el número de graduadas como un indicador del progreso en el acceso de la mujer a la vida universitaria, podríamos estar cerrando los ojos al hecho de que frente al crecimiento de matriculados y graduados universitarios en el nivel de licenciatura, su ubicación en la estructura docente es opuesta; las estadísticas se invierten no solo en el cuadro de profesores, sino también en los posgrados, así como en las listas de investigadores. Si el estudio se extiende al mercado laboral, tendremos la oportunidad de palpar con mayor claridad las injusticias hasta en las remuneraciones con base en el género y muchas otras diferencias más.

Es cierto que no ha sido fácil la apertura de un espacio universitario ahora ocupado por institutos, facultades, unidades o centros que tienen la responsabilidad de impulsar las políticas ahora aprobadas por nuestros máximos organismos de dirección. Pero hace falta para cumplir con esta tarea impulsar la formación de masas críticas y un nuevo tipo de personal que incorpore el enfoque de la equidad de género como eje curricular.

Al meditar sobre los excelentes documentos producidos por nuestras queridas dirigentes de Guatemala y El Salvador, no nos queda la menor duda de que nuestras unidades de género están en el camino de lograr que la Universidad de San Carlos y la Universidad de El Salvador puedan protagonizar la construcción de una nueva sociedad, que no puede lograrse sin ubicar a la mujer en el sitio que le corresponde.

**“Todo es posible hasta que se pruebe que es imposible.  
Y aún entonces lo imposible puede serlo solo por ahora”**

Pearl S. Buck

Quisiera terminar esta reflexión adhiriéndome al esfuerzo que en las Cumbres de Rectores de Universidades Públicas Iberoamericanas hemos venido realizando en defensa de nuestras universidades, y que está contenido en dos fragmentos de la Carta de San Salvador, aprobada en la IV Cumbre, efectuada en San Salvador en diciembre del año 2003, que literalmente dice:

...las instituciones de educación superior públicas son hoy más que nunca vías únicas y esenciales con que cuentan las sociedades de la región para generar, transmitir y acumular el conocimiento; promover las capacidades humanas y desarrollar la creatividad social, tareas imprescindibles para impulsar el desarrollo humano sostenible y contrarrestar los efectos de la globalización neoliberal [...]

La misión de la universidad pública y el ejercicio de su responsabilidad social se encuentran doblemente amenazados. De una parte, por la tendencia sostenida de los Gobiernos a reducir el financiamiento dedicado a la educación pública; de otra parte, por la agresiva desregulación y liberalización de los mercados que aprovechan las empresas llamadas educativas cuyo fin último es el lucro.

Les invito a luchar por la defensa de nuestra educación superior pública centroamericana y su accionar en el contexto iberoamericano e internacional.

Gracias de nuevo a la Universidad de San Carlos, al Instituto Universitario de la Mujer y a esta distinguida audiencia que comparte conmigo este generoso gesto de la Universidad de San Carlos al incorporarme en su seno con el más alto grado académico.

Muchas gracias.

Guatemala, 2 de junio de 2005.



Sean mis primeras palabras para agradecer a mi universidad, centenaria casa de estudios, fiel guardiana de la historia de la vida académica y política de nuestro país.

## Universidad para la dignidad y la justicia

Universidad de El Salvador, El Salvador

Excelentísimo señor Presidente Constitucional de la República, don Mauricio Funes Cartagena; distinguida Primera Dama de la República y Secretaria de Inclusión Social, licenciada Vanda Pignato de Funes; señor rector de la Universidad de El Salvador, ingeniero máster Rufino Antonio Quezada; señora presidenta de la Asamblea General Universitaria, doctora Claudia Ivette Cerna; honorables miembros del Consejo Superior Universitario y de la Asamblea General Universitaria; señores decanos, profesores, estudiantes y trabajadores; miembros del cuerpo diplomático; señores diputados; compañeros del gabinete de Gobierno; invitados especiales; familia que me acompaña.

Sean mis primeras palabras para agradecer al honorable Consejo Superior Universitario de mi universidad, de esta centenaria casa de estudios, fiel guardiana de la historia de la vida académica y política de nuestro país, el honor que me confiere al otorgarme su más alto grado académico. A esta universidad debo la esencia de mi formación. A ella le dedico mis sesenta años de vida profesional, que comencé un 14 de mayo de 1949, cuando tuve el honor de recibir el grado académico de doctora en Medicina de manos de un gran patriota, de un intelectual y gran rector; me refiero el doctor Carlos Llerena, a quien voy a dedicar una buena parte de mi reflexión de este, para mí, memorable día.

Esta reflexión surge en gran parte enriquecida por el análisis en que he estado envuelta en los últimos meses que siguieron al final de mi rectorado en esta universidad. Con un grupo de jóvenes profesionales y estudiosos de la historia, de la filosofía y de la educación he pensado y repensado sobre nuestra universidad como objeto de estudio.

Ellos me convencieron de que en el análisis de mi trayectoria universitaria no podía dejar de plantear, al menos como pensamiento introductorio, lo que representa un momento de apertura política y el papel de la Universidad en un nuevo proyecto de nación.

Es difícil iniciar el desarrollo de esta temática sobre nuestra universidad sin detenerse a pensar en lo que para esta universidad centenaria representa el año 1972, cuando comienza un ciclo en el cual es desplazada del papel que venía ocupando en el desarrollo nacional y en la construcción de los diferentes proyectos de nación. Este grupo se ha detenido a pensar, a partir del análisis histórico, en aquellos universitarios que como ciudadanos activos desde la academia contribuían a construir los destinos de la nación. El horizonte desde donde veían las transformaciones nacionales estaba alimentado por una gran trayectoria política y por una formación profesional, científica y humanística que nuestra alma máter les había proporcionado; y cuando hablo de alma máter hablo de su gente y de sus ámbitos recreados por un profundo intercambio con el mundo y sus diferentes culturas.

De diferentes modos a esta universidad se le arrebató su lugar. Con la guerra y sus consecuencias, en las intervenciones militares, con el ahogamiento económico, con las incomprensiones desde dentro de la comunidad universitaria, con la fuga de cerebros y la persecución y el asesinato de sus académicos.

Es indudable que desde 1972 no ha habido un momento de apertura política como el actual, que puede propiciar que la universidad vuelva a ocupar su lugar y salga de las sombras. De ahí la importancia de este momento que vive el país, caracterizado por esta ruptura en el accionar político de la nación, que anuncia cambios con la participación de todos, para abrir senderos para el desarrollo universitario y el desarrollo nacional.

Quiero resaltar que la universidad solo puede tener desarrollo académico profundo desde un compromiso radical con el desarrollo del país. Este momento ofrece a nuestra universidad la oportunidad de volver a ocupar su lugar natural, que no ha podido ser ocupado por otras instituciones. Pero esto solamente puede comprenderse si la universidad piensa su presente desde adentro, desde su constitución interna, desde su historia.

Hay tres momentos fundamentales en la vida de nuestra universidad que nos dan luz sobre lo que significa aprovechar un momento de apertura política. Los momentos de apertura política no reproducen por sí mismos todas las condiciones necesarias para la transformación de la universidad. De ninguna manera hacen las cosas más fáciles, sino al contrario, la apertura política impone un reto a la universidad, el reto de estar a la altura de los tiempos, el reto de apropiarse de sus posibilidades. Estar a la altura de los tiempos significa que la Universidad es un tema de reflexión permanente. Solo si previamente se ha proyectado o se ha construido un ideario de universidad es posible realizarlo.

Estos momentos fundamentales poseen cada uno de ellos su propia identidad y su caracterización puede hacerse desde sus confluencias en la defensa del carácter público de la universidad y de su autonomía, y de su desarrollo científico y su relación con el desarrollo nacional.

Nuestro análisis nos lleva a considerar tres momentos importantísimos para la vida de la universidad y para la misma constitución de su pensamiento universitario, y que para mí cobran fundamentalmente importancia porque mi vida profesional estuvo vinculada a ellos.

Me refiero a la primera gran reforma universitaria del siglo xx en El Salvador, plasmada en el periodo de la rectoría de Carlos Llerena; a la reforma de la Facultad de Medicina de los años cincuenta y a la reforma universitaria de los años sesenta.

En su mayoría, la juventud universitaria de hoy no está familiarizada con la trascendencia de la administración Llerena y, más aún, quizás no haya oído hablar de este gran ciudadano, político, intelectual y centroamericanista de nacimiento y de vocación. Su rectorado se caracterizó por una singular apertura intelectual que se expresó en diferentes ámbitos del conocimiento y la cultura en general. Su gestión inicia en el

contexto de la apertura democrática generada por la caída del dictador Maximiliano Hernández Martínez. Poco se ha dicho del papel desempeñado por Llerena en el movimiento que conduce a la gesta libertaria que acabó con la dictadura. Llerena, como primer rector de ese periodo, pone en práctica una visión estratégica que le permite concluir un momento singular e importante en la vida de la universidad.

Su impulso al desarrollo académico se expresa tanto en el campo de las ciencias naturales como en las humanidades. Es así como en el campo de las ciencias naturales logra fundar e impulsar el Instituto Tropical de Investigaciones Científicas, producto de la alianza entre la Universidad de El Salvador y la Universidad de Hamburgo. El científico alemán Adolf Meyer-Abich, profesor de Filosofía e Historia de la Universidad de Hamburgo, fue su primer director. Meyer-Abich fue reconocido internacionalmente por ser uno de los principales biógrafos de Alejandro von Humboldt y por sus aportes a la filosofía de la ciencia; él orientó por un buen tiempo el extraordinario desarrollo de este instituto.

Este instituto impulsó el estudio de los recursos naturales del país, de su flora y su fauna, y en general. La institución se fundó con una visión estratégica que vinculaba los resultados de la investigación en ciencias con los principales problemas del país. Ejemplo de ello resulta ser una serie de estudios geológicos encabezados por Helmut Meyer-Abich y el desarrollo de una serie de investigaciones sobre la posibilidad de edificación de las plantas eléctricas del río Lempa, estudios que sirvieron de base para su construcción. Podemos decir que por primera vez en la historia existió una vinculación estratégica entre el Ministerio de Obras Públicas y los resultados de investigaciones en la universidad nacional. Una serie de investigaciones sismológicas son desarrolladas y al mismo tiempo cobran impulso áreas como la zoología, la botánica, la etnología, la lingüística y la investigación nutricional.

En una apretada síntesis de los logros del rectorado de Carlos Llerena deben registrarse la creación de la Facultad de Economía, las jornadas culturales en donde disertaron figuras internacionales como Juan Mantovani, Roberto Brenes Mesén, Mario de la Cueva, Sofonías Salvatierra, Juan José Arévalo, Pedro Bosch, entre otros muchos. El

espacio abierto por la gestión Llerena permitió que la Universidad se convirtiera en un auténtico centro de irradiación de la libertad del pensamiento.

A esta extraordinaria efervescencia intelectual que ocupó el periodo inicial de la administración Llerena siguió la creación de la Facultad de Humanidades, y solo hacer un recuento de las personalidades asistentes a la fundación de dicha Facultad es suficiente para dimensionar el desarrollo de nuestra universidad: Pedro Laín Entralgo, Octavio Méndez Pereira, Carlos Martínez Durán, José Rolz Bennet, Jaume Pi i Sunyer, Roberto Agramonte, entre otros tantos, fueron testigos y actores importantes de este escenario de cambio o más bien de transformación o reforma universitaria.

Llerena fue un gran luchador y puede ser considerado pionero de la lucha por la autonomía universitaria. Al mismo tiempo abogó por la integración centroamericana, esfuerzo que en el campo de la educación superior logró cristalizarse en el Primer Congreso Universitario Centroamericano realizado en El Salvador el año 1948. Este congreso, convocado por el rector Llerena, dio por resultado la creación del Consejo Superior Universitario Centroamericano y motivó posteriormente, con la complicidad de Llerena y Martínez Durán, la creación de la Unión de Universidades de América Latina, en Guatemala, en 1949.

La extraordinaria figura de Llerena y su legado histórico, la reforma de los cuarenta, fue poco valorada, mal comprendida, olvidando con ello la trascendencia de uno de los más poderosos movimientos de reforma de nuestra universidad.

La larga lista de académicos honorarios del más alto nivel que cubren desde Carlos Gorgas, José Vasconcelos, Alberto Masferrer, Francisco Gavidia, Víctor Jerez, Juan Crisóstomo Segovia, entre otros distinguidos intelectuales nacionales e internacionales, da cuenta de las características de este momento, que a su vez fue enriquecido por algunos de nuestros científicos de la década de 1920.

Había planeado detenerme en el análisis de otros dos momentos trascendentes en la historia de nuestra universidad. El honor que me confiere la presencia de nuestro Presidente Constitucional de la Repú-



blica me obliga a considerar su enorme cantidad de responsabilidades y su tiempo escaso y valioso, por lo que he decidido limitarme en el análisis y apenas esbozar mis ideas.

Quiero trazar un par de ideas sobre la transformación académica llamada Movimiento de Reforma de la Facultad de Medicina, que fue liderado por el Dr. Fabio Castillo y del cual me tocó ser parte al regreso de mi posgrado en la década de 1950. En este contexto se me confirió el honor de ser decana de 1967 a 1971.

Este movimiento, cuyos alcances merecen ser rescatados y valorados en toda su dimensión, es la firme voluntad y el esfuerzo de un grupo de docentes y de la sociedad civil. A partir de estas transformaciones; la Facultad de Medicina logra surgir como una de las experiencias modelo entre los países de la región.

Se implantó una nueva visión de la enseñanza de las ciencias básicas, que se incorporaron como eje de la formación de los estudiantes. La transformación de la enseñanza clínica estuvo orientada a la formación de un médico científico, pero íntimamente ligado a la salud de la población. Es por eso que el proceso orientó a la integración de las ciencias básicas y clínicas, sin descuidar la enseñanza de la medicina preventiva y la salud pública, que a partir de entonces se incorpora a lo largo de todo el currículo.

El desarrollo de la investigación científica íntimamente vinculado a los grandes problemas nacionales fue otro de sus logros. Se incorporó en la investigación al estudiante, lo que permitió su crecimiento y desarrollo intelectual. Esto no se logró solo con el grupo de docentes nacionales, también se contó con el apoyo de la sociedad civil. Este proceso creó un espacio extraordinario con un gran contingente de profesores visitantes que generaron y compartieron avances y nuevas metodologías de la enseñanza en toda América, Estados Unidos y algunos países europeos. El Plan de Desarrollo de la planta docente y la creación de los ambientes académicos dan cuenta de la importancia de dicho plan.

Una valoración de los resultados de ese esfuerzo puede hacerse analizando la actitud y los resultados de distinguidos científicos formados en esta escuela. Hablo de científicos que no fueron pasivos ni asépti-

cos. Vibraron ante las desigualdades, lucharon por alcanzar principios fundamentales y por los derechos humanos de nuestra población; y su formación científica y ciudadana les llevó, a partir de la crisis de 1972, a asumir papeles importantes en el mundo y a colocar el nombre de nuestra universidad en un sitio de honor en el ámbito académico. Uno de los tantos intelectuales formados así en esta casa fue el doctor Salvador Moncada, una de las figuras más reconocidas en el mundo de las ciencias.

Con un esfuerzo que involucró a toda la universidad, se desarrolló esta otra experiencia, plena de grandes transformaciones y producto del trabajo de distinguidos docentes, a la cabeza de los cuales sigue figurando como líder el doctor Fabio Castillo.

Los años sesenta son asiento de una iniciativa de reflexión crítica sobre la Universidad y el consiguiente proceso de reforma que buscaba dar respuesta a la problemática científica, social y política, y que articulaba varias de sus propuestas en el contexto de las transformaciones de la educación superior centroamericana.

Uno de los resultados más importantes es el gran esfuerzo representado por la incorporación de los estudios generales como base formativa del estudiante que ingresa a la universidad, movimiento que buscaba exponer al estudiante a los grandes campos del saber antes de iniciar estudios especializados.

Los grandes campos científicos son enriquecidos por una pléyade de grandes profesores en buena parte surgidos de la diáspora generada por las dictaduras del sur así como por la tragedia del México del 68. La reforma educativa universitaria de los sesenta, y en particular las áreas comunes, deben ser objeto de profunda reflexión y valoración en el contexto de la búsqueda de nuevas rutas para la construcción de nuestra universidad del momento.

Para finalizar con estas pinceladas sobre el desarrollo de nuestra reforma universitaria solo voy a mencionar nuestro esfuerzo realizado durante mi periodo rectoral, presentado al Consejo Superior Universitario como "Una nueva forma de pensar el quehacer de la universidad en función de la excelencia académica y al servicio de la nación".

Formulamos y presentamos a consideración de la comunidad universitaria la aspiración de ser una universidad pública de presencia nacional con capacidad de incidencia y de propuesta frente a los problemas del país en la línea del desarrollo, la equidad, la paz, la educación, con reconocimiento internacional y una sólida vinculación con la sociedad, el Estado y el sistema productivo. Probablemente las condiciones no estaban dadas para llevar a feliz término esta propuesta, pero quiero reiterar que el desarrollo de la universidad pública tiene en el momento actual la gran oportunidad de aprovechar la apertura generada por el nuevo gobierno democrático y la voluntad política consignada en el programa de gobierno del presidente Funes.

En dicho programa el Presidente “reafirma su decisión de otorgarle a la educación superior pública el papel protagónico que a nivel mundial se le ha reconocido como factor estratégico para el desarrollo sostenible de nuestros países”. Específicamente la Política de Educación Superior del nuevo gobierno señala que se dará alta prioridad a la Universidad de El Salvador, asegurando su carácter público, autónomo y nacional, a través de una estrecha relación con los distintos sectores de la vida nacional y el fortalecimiento institucional, especialmente orientado a la formación de masas críticas de personal calificado y el desarrollo de investigaciones de impacto en la vida nacional. Está construido el escenario para que nuestra universidad responda a través de su desarrollo académico y su compromiso con el desarrollo del país. Esa sería la máxima aspiración de esta universitaria que agradece profundamente el honor por la distinción que se le confiere este día y que espera lo mejor para su universidad, lo mejor para su país y cree que las condiciones están dadas para alcanzar este propósito común.

Por ello quisiera terminar trayendo a cuentas las palabras de Eduardo Galeano al recibir el doctorado honoris causa de nuestra Universidad en este mismo local en octubre de 2005, cuando nos dijo:

“Esta universidad, de la que ahora formo parte, no comparte esa manera resignada de ver las cosas; porque cuando las universidades están de veras identificadas con su tierra y con su gente, cuando no

flotan en el aire como si fueran otro planeta, educan para la libertad y no para la impotencia, educan para la dignidad y no para la obediencia. No nos enseñan a aceptar la realidad sino que nos estimulan a cambiarla”.

Ciudad Universitaria, 12 de junio de 2009.



UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR  
CALLE DE LA AMISTAD S/N. SAN CARLOS, DEPARTAMENTO DE SAN CARLOS  
TEL: (503) 2422 2222 FAX: (503) 2422 2222  
WWW.USALVADOR.EDU.SV



Una contribución trascendente de la Universidad Autónoma Metropolitana fue la concepción educativa en la construcción de las unidades basadas donde se conjugan diversas ciencias y técnicas para dar respuestas sobre problemas de la realidad.

## **Universidad comprometida con la salud, el bienestar y el desarrollo de nuestras sociedades**

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Sean mis primeras palabras para agradecer al honorable Colegio Académico de la Universidad Autónoma Metropolitana y a su distinguido rector, Dr. Enrique Fernández Fassnacht, por el alto honor que han tenido a bien conferirme, al otorgarme el grado de doctor honoris causa de esta querida y respetada casa de estudios. Extiendo mis agradecimientos, por su iniciativa en particular, a la comunidad universitaria de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, a quien me unen lazos de profunda identidad académica y fraternal amistad, mantenidas desde los años de su gestación y exitoso nacimiento.

Este grado académico que hoy se me otorga tiene un especial significado para mi vida profesional y particularmente mi vida académica. Se convierte en parte fundamental de todo lo que me ha dado México, sobre todo al permitirme compartir sus experiencias durante dos jornadas de mi vida. La primera de esas vivencias me envolvió en el México de finales de los años cuarenta y la primera mitad de los cincuenta, que, como lo he recordado en varias ocasiones, marcó mi vida cultural y profesionalmente.

Incorporada en aquel extraordinario ambiente del Centro Médico Nacional de la Avenida Cuauhtémoc que me ofreció conocimientos y el

La represión gubernamental no se hizo esperar, nuestra universidad fue intervenida militarmente en 1972 y sus expectativas académicas soterradas por varios años. Es entonces cuando la vida me ofrece una nueva oportunidad, la de incorporarme al México del 73, que inicia para entonces su revolución educativa generada a partir de los aciagos momentos del 68.

Para entonces formábamos parte de un grupo de estudiosos de la educación superior, de las ciencias de la salud y de sus determinantes sociales que se desarrollaban en varios países del continente y que encontraban un fuerte estímulo y apoyo en un nicho de pensadores, educadores, salubristas y científicos sociales, sobretodo latinoamericanos, que formaba parte de la División de Recursos Humanos de la Organización Panamericana de la Salud, dirigida entonces por el mexicano Dr. Ramón Villareal, primer rector de la UAM Xochimilco.

Me refiero a este hecho coyuntural porque es gracias a mi incorporación formal como funcionaria de la OPS que puedo ser parte de la representación de OPS en México como responsable del área de Desarrollo de Recursos Humanos en Salud a partir de 1973. Por tratarse de una nueva experiencia en la representación de OPS/OMS en México, tuve la extraordinaria oportunidad de construir mi propio programa de trabajo y involucrarme en la cooperación a esfuerzos que para entonces se desarrollaban en todo el país y muy particularmente en la Ciudad de México.

Compartimos inquietudes y esfuerzos modernizadores y transformadores de la Universidad Nacional Autónoma de México, como las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales (ENEPS), proyectos de descentralización de la enseñanza de la Medicina como el A-36, la incorporación y desarrollo de tecnologías educativas con la creación del Centro Interdisciplinario de Ciencias de la Salud (CICS), así como un buen número de proyectos educativos en Chiapas, Sonora y nuevas orientaciones en la visión de la enseñanza e incorporación de las ciencias sociales en la enseñanza de las ciencias de la salud como en la Universidad de Guadalajara. Pero es indudable que el proyecto que nos captura en mayor grado es el relacionado con la creación y desarrollo de la Universidad Autónoma Metropolitana. No podía ser de otra forma, porque para aquellos que veníamos de vivir la historia

una gran gama de especialistas en cada uno de los campos del saber que la universidad definió como generadoras de un nuevo tipo de profesional.

Aunque es bien conocido de todos, pues fue la base de la formulación, apropiación y operacionalización del proyecto, vale la pena insistir y enfatizar el alcance de los avances que se cristalizaron en este proyecto en lo que respecta a criterios de interdisciplinariedad, integración docente asistencial, en la búsqueda de la relación entre la ciencia y sus efectos, principalmente en la relación de investigación y docencia con la estructura social. El modelo logra cristalizar el propósito de volcar hacia la comunidad un proyecto de alta calidad científica con una concepción epistemológica que le lleva a romper con la clásica estructura educativa por disciplinas, adoptando la teoría del aprendizaje, según lo cual el verdadero conocimiento solo se adquiere en contacto con la realidad concreta y planteando como concepción básica la integración de las diferentes prácticas universitarias: investigación, docencia, servicio y difusión, como una práctica unitaria.

Una contribución trascendente de la propuesta fue la concepción educativa en la construcción de las unidades de enseñanza, que, de acuerdo con el documento de creación de la universidad, implicaba “la creación de unidades basadas en un objeto de interrogante sobre el mismo donde se conjugan diversas ciencias y técnicas para dar respuestas sobre problemas de la realidad”. Este es el modelo del Sistema Modular que caracterizó el proceso.

El proyecto propuso, además de un modelo académico, una organización administrativa diferente; pero aún más, no puede dejar de mencionarse el avance en el desarrollo de un perfil educativo que convierte al sujeto en formación en eje del proceso educativo y gestor de su propia formación.

Por mi carácter de trabajadora de la salud, particularmente a nivel de la región de las Américas en un momento crucial en la vida de nuestros formadores de personal de Salud, y ubicados en el contexto de la búsqueda de una salud comprometida con el bienestar y desarrollo de nuestras sociedades, me he planteado en varias ocasiones el significado del proyecto Xochimilco y los factores que incidieron en la formula-



ción y desarrollo de ese modelo. Ese fue el eje de nuestra reflexión final en nuestra ponencia presentada en ocasión de los 30 años de trabajo de innovación de la Unidad Xochimilco.

En esa ocasión nos atrevimos a plantear dos puntos de encuentro del pensamiento latinoamericano en la construcción del modelo Xochimilco. El primero de ellos se da con la sede de la Organización Panamericana de la Salud en Washington, en el área de Recursos Humanos e Investigación, en donde salubristas y educadores con distintas visiones del mundo y del saber educativo se integran en un grupo de trabajo creativo, innovador y, sobre todo, comprometido con América Latina. Ese grupo fue coordinado, en un primer momento, por Ramón Villarreal, primer rector de la UAM-Xochimilco. En el segundo punto de encuentro generado en México en la propia UAM-Xochimilco, confluyen intelectuales y profesionales procedentes de diversas universidades e instituciones mexicanas de muy alta calidad, pero sobre todo se transforma en un nuevo hogar, en un laboratorio, en un taller de latinoamericanos comprometidos; son brillantes exponentes de sus países, que en muchos de los casos sus regímenes dictatoriales y represivos les obligan a emigrar de sus países. La UAM fue su nueva casa, en donde se vuelcan y conjuntan experiencias de diferentes regiones del continente. Toda esta reflexión colectiva, todo aquel movimiento que se da en aquella ocasión y que se traduce en los talleres de internalización, convirtieron esta Universidad en un verdadero punto de encuentro nacional e internacional.

México de nuevo abre sus puertas a un nuevo movimiento migratorio intelectual latinoamericano, ahora enriquecido por una emigración generada en las dictaduras del Sur. Gran número de intelectuales recibieron mucho de México y a su vez dieron mucho incorporándose en esa nueva etapa.

Se sale de los límites de este mensaje trasladar a ustedes las vivencias de aquellos momentos de construcción del proyecto Xochimilco y sobre todo de sus actores, muchos de ellos aquí presentes, por lo que ruego a ustedes permitirme mencionar apenas algunos nombres de aquellos con quienes vivimos maravillosos momentos y excusarme con todos los que no alcance a mencionar. Gracias a todos ellos por permitirme ser una más de ustedes.

Mi pensamiento, además de la figura cimera de Ramón Villareal, Juan César García, José Roberto Ferreira, José Roberto Teruel y Miguel Márquez, que acompañaron desde el inicio el proceso; quiero rescatar personas que jugaron un papel fundamental, incluso en la difícil tarea de la selección inicial de personal, como lo fue Gloria Eugenia Torres, a quien también debo agradecer su importante contribución con la reforma de nuestra enseñanza médica en la Facultad de Medicina de nuestra Universidad de El Salvador. Debo recordar los esfuerzos y estímulos de Dora Cardaci, Catalina Eibenschutz, Gilberto Guevara, Norma Lara, Rodolfo Santamaría, Hugo Mercer, Cristina Laurel, Héctor Hernández, Rolf Meiner, Miguel Arenas, Víctor López Cámara y el siempre presente Luis Felipe Bojalil. Ellos y sus respectivos grupos de trabajo, al igual que los estudiantes de la época, en particular los alumnos de la Maestría de Medicina Social, muchos de ellos actualmente dirigentes y figuras clave en sus respectivos países, fueron elementos indispensables en lo que podríamos considerar el pensamiento Xochimilco, piedra angular de la teoría que impulsó la razón de ser de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Por todo lo que he recibido de estos núcleos abanderados del pensamiento latinoamericano, recibo en su nombre esta distinción, por todo lo que aprendí al lado de ellos.

Reitero mis agradecimientos a esta querida universidad, cuyos esfuerzos hoy forman parte de los avances en la educación superior latinoamericana.

Recibo este reconocimiento en nombre de todos aquellos que me acompañan ahora en mi país en los esfuerzos por alcanzar una salud de alta calidad para todos nuestros compatriotas.

Gracias de nuevo a la Universidad Autónoma Metropolitana por esta distinción, que revitaliza mis lazos con esta casa de estudios de la que siempre me he sentido parte.

Muchas gracias.

México, 21 de noviembre de 2011.



Una de las motivaciones que han marcado el desarrollo de esta universidad es su definida orientación de dar respuesta a las necesidades de la educación superior en diferentes regiones del país, particularmente con la estructuración de carreras de alto impacto en la atención a la salud.

## **Dos décadas de esfuerzo por una formación superior de calidad**

Universidad Andrés Bello, El Salvador

Señores miembros del Consejo Directivo de la Universidad Andrés Bello, bajo la presidencia del Lic. Guillermo Escobar Hernández y la vicepresidencia de la Dra. Ana Ivette Escobar; Sr. rector de la Universidad, Lic. Marco Tulio Magaña, y Sra. vicerrectora, maestra Ana Marta Moreno de Araujo, a quien en particular agradezco y en quien reconozco su capacidad para dar a conocer el significado del proyecto universitario que subyace en la creación, desarrollo y funcionamiento de esta universidad. Sres. decanos y decanas de las diferentes facultades; Sr. fiscal y Sres. funcionarios de la Dirección Administrativa

Sres. profesores y estudiantes; distinguidos invitados a esta ceremonia que aprecio en alto grado; Sres. rectores y autoridades universitarias; compañeros de Gabinete de Gobierno de El Salvador; honorables miembros del Cuerpo Diplomático; invitados especiales y un particular saludo para mis compañeros de trabajo y para mi familia que me acompaña.

Un saludo especial y mi agradecimiento al Dr. Ricardo Suárez Arana.

Sean mis primeras palabras para agradecer a las autoridades de esta casa de estudios la distinción que me confieren al otorgarme su más alto grado académico, lo cual aprecio en todo su significado.

Debo empezar por expresar mi reconocimiento a los esfuerzos de los creadores de esta universidad y muy especialmente su presidente,

el licenciado Guillermo Escobar Hernández, primer rector de esta universidad, desde su concepción y fundación, que se inicia bajo el lema: Educación integral para el desarrollo social.

Quizás uno de los elementos que omitimos cuando queremos valorar el pensamiento que guio la fundación de una institución es la selección del nombre que la identifica y marca hasta cierto punto sus características. En este caso un primer reconocimiento a esta universidad se refiere a la selección del nombre de Andrés Bello, figura cimera de la lucha por la independencia latinoamericana y al mismo tiempo filósofo, poeta, filólogo, educador y jurista, venezolano por nacimiento, chileno por adopción, latinoamericano y ciudadano del mundo. La figura de Andrés Bello está profundamente ligada a la educación superior, pero en esta débil integración latinoamericana, a Andrés Bello le conocemos más aquellos que los avatares de la vida nos han llevado a convivir, directamente con países con los que estuvo ligado más directamente como en mi caso particular desde Venezuela. Entre sus trascendentes contribuciones a su patria de adopción, Chile, se encuentra la de haber sido impulsador y creador, así como el primer rector de la Universidad de Chile.

También hemos estudiado y reconocido su extraordinaria trayectoria por el reconocimiento que sobre todo la región andina y en particular su patria de origen, la venezolana hace de su memoria. Es así como el Congreso venezolano de 1965 creó la condecoración de la Orden Andrés Bello, con la que se premia a personajes destacados en el ámbito de la educación, la investigación científica y las letras.

En el año 1970 entró en vigor el convenio Andrés Bello, que tiene por objeto contribuir a la integración de los Estados en los ámbitos cultural, científico y tecnológico en beneficio de los Estados miembros: Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y República Bolivariana de Venezuela. Siempre me pregunté, trabajando en la región andina y específicamente en Venezuela, por qué no son partícipes de este convenio los países centroamericanos.

Entre otros múltiples reconocimientos se ha asignado su nombre a dos universidades en Chile y Venezuela. Por todo ello merece un reconocimiento la designación de Andrés Bello dada por sus fundadores a esta universidad que hoy me honra con este doctorado.

En segundo lugar; quiero hacer un reconocimiento a algunas de las motivaciones que a mi juicio han marcado el desarrollo de esta universidad. Me refiero en primer término a su definida orientación, desde el inicio de su creación, de dar respuesta a las necesidades de desarrollo de la educación superior en diferentes regiones del país, además de la ciudad capital.

Esa descentralización de la universidad hace que en 1991 funcionen las sedes regionales de San Salvador y San Miguel y ya para 1992 entren en funcionamiento las sedes de Chalatenango y Sonsonate.

Para todos aquellos que hemos tenido el privilegio de dirigir centros de educación superior y en particular universidades latinoamericanas, 20 años de esfuerzos para incluir una población universitaria que, como es el caso de la Universidad Dr. Andrés Bello, ha alcanzado una matrícula de casi 9,000 estudiantes, es verdaderamente loable, pero sobre todo distribuidos en 4 centros regionales desde San Salvador, Chalatenango, Sonsonate, hasta San Miguel, cada uno de cuyos centros ha llegado a ser capaz de alojar desde 20 carreras en San Salvador, 18 en Chalatenango, 16 en San Miguel, hasta 12 en Sonsonate.

El análisis de la evaluación de estos centros, de su población estudiantil y su planta docente distribuida sobre todo en las grandes áreas de la salud, las humanidades, las ciencias agronómicas y las económicas evidencian que sus dirigentes no han permanecido quietos. Por el contrario, se han dado a la búsqueda de la adecuación de la oferta académica a las necesidades de la población, haciendo esfuerzos por ajustarla al desarrollo del país.

En el caso de la salud, esta universidad ha dado un excelente ejemplo con la estructuración de una carrera de alta trascendencia e impacto en la atención a la salud. Me refiero a la carrera de Enfermería, que ha logrado preservar la estructura de carrera en sus diferentes niveles y que va desde Técnico en Enfermería, seguido con el Tecnólogo en Enfermería y Licenciatura en Enfermería, sin ceder a las presiones que llevaron a la mayoría de universidades a concentrar la formación exclusivamente al área de Licenciatura en Enfermería, lo cual se llegó a considerar una conquista, olvidando niveles que juegan un rol fundamental en la atención a la salud de la población, así como las condiciones de la

demanda estudiantil que claman en ocasiones por carreras de menor duración y mayor accesibilidad.

El historial académico de esta universidad es fiel reflejo de sus esfuerzos por alcanzar un alto nivel académico en lo docente, en la investigación, como en su proyección social. Asimismo ha buscado esta Universidad ofrecer condiciones adecuadas en su infraestructura física, sus laboratorios, centros de cómputo y sus bibliotecas, producto de un continuado esfuerzo de sus autoridades y de su planta académica en beneficio de sus estudiantes y la población en general. Su compromiso con el campo de la salud también ha sido manifiesta con la creación de la Maestría en Servicios de Salud.

Al reiterar mis agradecimientos por la distinción que me confiere esta universidad, quiero dejar constancia de mi reconocimiento a los esfuerzos de su personal, empezando por sus fundadores, expresado con mucha claridad en su declaración de su Misión Institucional:

Formar recursos humanos de calidad, lo que implica principalmente disponer de contenidos programáticos relevantes y pertinentes; personal académico especializado con roles de estimular el aprendizaje; ambiente académico, medios educativos y metodologías dinámicas que posibiliten al estudiante ser gestor de su propio proceso formativo; proceso administrativo que vincule las tareas universitarias con el mundo del trabajo y esté en constante mejoramiento, buscando la excelencia académica.

El mundo vive una gran crisis de valores en las que el papel de sus instituciones educativas y muy especialmente de nuestras universidades e institutos de educación superior se vuelve cada vez más importante, por lo que no quisiera terminar estas palabras sin traer a cuenta unas breves consideraciones expresadas por los participantes en la Conferencia Mundial de la Educación Superior de París en octubre de 1998, que literalmente transcribo a continuación y comparto en toda su extensión.

Dado el alcance y ritmo de las transformaciones, la sociedad cada vez tiende más a establecerse sobre la base del conocimiento, razón de que la educación superior y la investigación formen hoy en día parte funda-

mental del desarrollo cultural, socioeconómico y ecológicamente sostenible de los individuos, las comunidades y las naciones. Por consiguiente, y dado que tiene que hacer frente a imponentes desafíos, la propia educación superior ha de emprender la transformación y la renovación más radicales que jamás haya tenido por delante, de manera que la sociedad contemporánea, que en la actualidad vive una profunda crisis de valores, pueda trascender las consideraciones meramente económicas y asumir dimensiones de moralidad y espiritualidad más arraigadas.

Muchas gracias.

El Salvador, 16 de marzo de 2012.





Salud y educación, así como otros sectores del desarrollo humano, deben aunar esfuerzos en pro de este bien público. Esta universidad nos ha ofrecido a lo largo de su historia un hermoso ejemplo de su actuar en función del compromiso, particularmente en los campos educativo y sanitario.

## **Salud, educación y solidaridad para los pueblos latinoamericanos**

Universidad de la República, Uruguay

Permítaseme iniciar esta sentida alocución agradeciendo en primer lugar a la Facultad de Medicina de esta querida y respetada Universidad de la República de Uruguay, por la inmerecida distinción que me confiere al otorgarme el título de doctora honoris causa.

Extiendo asimismo mis agradecimientos a los compañeros de la Asociación Latinoamericana de Medicina Social, a la cual estoy ligada desde su nacimiento, por su respaldo solidario.

Lejos había estado de mis expectativas alcanzar este honor que recibo en mi nombre, el de mi país y de mi universidad, la Universidad de El Salvador.

Vengo de un pequeño país de esta América nuestra, país densamente poblado, sufrido, pero profundamente celoso y defensor de su raigambre latinoamericana, con una universidad pública cuya vida se ha convertido en uno de los elementos más sensibles de la historia de la democracia nacional.

### **Vidas paralelas**

Estudiando el desarrollo de nuestras casas de estudio, me he atrevido a calificar pretenciosamente su nacimiento y desarrollo con rasgos característicos de dos vidas paralelas.

La Universidad de la República inicia su proceso fundacional en junio de 1833 y su Decreto de Fundación se aprueba el 2 de octubre de 1849. Tal cual lo reconoce Pablo Carlevaro en el discurso pronunciado en el acto del 75 aniversario de la Fundación de la FEUU, la Universidad de la República fue gestada por la República naciente y surge profundamente impregnada de la conciencia de la juventud de América Latina de lo que debe ser una universidad que sirva a nuestras patrias históricamente hermanas. En ese mismo discurso, Carlevaro nos trae a cuenta el involucramiento de esta universidad en la celebración del Congreso Americano de Estudiantes, celebrado en Montevideo en 1908, diez años antes del movimiento de Córdoba de 1918, que indudablemente vino a constituirse en inspirador de las juventudes latinoamericanas e impulsora de las reformas de nuestras universidades.

Por nuestra parte, hacia 1840 sólo había dos universidades en América Central, la Pontificia Universidad de San Carlos en Guatemala y la Universidad de León en Nicaragua, ambas fundadas por el régimen colonial.

En 1841 se crea la Universidad de El Salvador, como universidad pública autónoma y cuya evolución ha estado íntimamente ligada al desarrollo del Estado salvadoreño, sujeta a los altibajos de la política nacional, entre regímenes dictatoriales e intentos de democratización.

La concepción de autonomía no estaba aún clara en la dirigencia universitaria a pesar de que el primer decreto de autonomía se da en octubre de 1871, pero es hasta los inicios del siglo XX y con el impacto del Movimiento de Córdoba cuando nuestra universidad empieza a tomar conciencia de la autonomía.

La azarosa vida de la Universidad de El Salvador ha tenido históricamente en la autonomía universitaria uno de los indicadores más sensibles de la política gubernamental y de sus vaivenes. El goce o pérdida de la autonomía ha estado íntimamente vinculada a las características de los gobiernos de turno, generando alternancia de periodos que resumen 78 años de goce de autonomía y 93 años en los que se ha carecido de ella, en varios casos abruptamente suprimida a nivel ejecutivo, legislativo y judicial, acompañada a veces de procesos violentos y de cruentas intervenciones militares.

El más doloroso de los procesos sufridos por nuestra universidad se produce el 19 de julio de 1972. Se trata de una de las más violentas y nefastas intervenciones de la historia universitaria a nivel mundial, caracterizada por:

- La destrucción de la infraestructura para la enseñanza y la investigación.
- El saqueo, incendio y destrucción de bibliotecas y laboratorios.
- El asesinato, persecución y fuga de personal.
- La caída de la calidad académica.
- El aislamiento de la sociedad y del Estado.
- La búsqueda del aniquilamiento de la Universidad de El Salvador a través del estímulo a la proliferación de Universidades privadas.

Debemos recoger como uno de los efectos de estos desmanes en nuestras universidades la pérdida de valioso personal que, sin embargo, encontró en los países hermanos la solidaridad y el apoyo de comunidades universitarias, las cuales a su vez se enriquecieron con esos flujos migratorios.

Los años finales de la década de 1960 y los primeros de la década de 1970 marcaron la vida de muchas de nuestras universidades no solo en América Latina, sino aún en Europa; el Tlatelolco mexicano del 68, el Mayo Francés, y siguiendo en nuestras dos universidades, Uruguay es dañada severamente por el golpe del año 1973, que inicia una dictadura cívico-militar coincidente con otras dictaduras del Sur, como la argentina y la chilena.

Es allí, en ese convivio latinoamericano que se dio en el México de los setenta, cuando inicia nuestro encuentro con figuras como la del profesor Dr. Pablo Carlevaro, para entonces decano de la Facultad de Medicina de esta Universidad, cuya presencia en México vino a enriquecer el ambiente transformador de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Mientras tanto, la Universidad de la República sufría los efectos de la intervención. Las fuerzas armadas ocuparon todas las facultades y escuelas; el 40% de los docentes fueron destituidos, renunciaron o no se les renovó el contrato. La investigación y la extensión fueron suprimidas y gran número de dependencias paralizaron sus actividades.

Se asiste a esta reunión con la visión clara de sus dirigentes de los esfuerzos realizados en América Latina durante más de cuatro décadas en la construcción de la medicina social, pero al mismo tiempo con el reconocimiento de que la Medicina sigue siendo practicada y entendida en muchos sectores como eminentemente biológica.

Es así como el desarrollo de las ciencias sociales aplicadas al estudio de la problemática de salud ha tropezado con el formidable escollo de enfrentarse en su análisis y en sus intentos de penetración a un campo de teoría y práctica poderosamente estructurado, como es el de la medicina y las ciencias, que históricamente han constituido su basamento, las ciencias bionaturales. A ella corresponde una práctica social sólidamente estructurada, impermeable en muchos sentidos a los abordajes críticos de su quehacer y a los análisis que pudieran minimizar su hegemonía.

El problema tiene profundas connotaciones estructurales, ideológicas y políticas. La lógica de una visión integral del ser humano, de la medicina y el proceso salud-enfermedad como expresión particular del proceso general de la vida social exige el abordaje multidisciplinario en lo que a las ciencias biológicas y sociales se refiere. Su abordaje implica colocar los avances científicos de estas ciencias al servicio de la construcción, explicación y transformación de un objeto de conocimiento en donde ciencias sociales y biomédicas estructuran su andamiaje básico.

Los grandes avances de la medicina científica cada vez más específicas, más altamente especializados, siguen cada vez más alejando a los grupos de especialistas de la visión holística del ser humano y de su articulación en la sociedad. El problema de la visión fragmentada no es algo que afecte solo el andamiaje biológico-social sino que ocurre hacia el interior de cada uno de sus campos.

Frente a los retos que nos impone la construcción de propuestas estructuradas que den respuesta a la demanda de una salud justa, equitativa, de alta calidad para todos y para todas; que den respuesta a los movimientos por la educación integral de un personal de salud y de una población consciente y comprometida; que orienten el desarrollo científico y tecnológico del sector salud a la demanda que le exigen los nuevos modelos de atención, considero que este congreso reviste

una alta responsabilidad, y dada la calidad humana y científica de sus participantes será un nuevo avance en la lucha por alcanzar el derecho a la salud de nuestras poblaciones. En ese intento estamos obligados a contribuir científicos, personal de salud de todos los niveles, gestores y administradores.

Salud y educación, así como otros sectores del desarrollo humano, deben aunar esfuerzos en pro de este bien público. Esta universidad nos ha ofrecido a lo largo de su historia un hermoso ejemplo de su actuar en función del compromiso, particularmente en los campos educativo y sanitario.

Gracias de nuevo por el honor que esta casa le confiere al ser parte de ella en su máximo grado académico.

Montevideo, Uruguay, 7 de noviembre de 2012.



---

Se terminó de imprimir en los talleres de  
Imprenta La Tarjeta, San Salvador,  
durante el mes de mayo de 2014.  
500 ejemplares.

---



## ALMA MÁTER

Bernardo Provenzal, médico connotado del siglo XI, consigna que la flor del azafrán produce una "dilatación del corazón" que "hace morir a la gente de risa". Esta afirmación forma parte de sus célebres comentarios a las tablas médicas de Salerno, la gran escuela de la medicina medieval en la cual podían aprender y dar cátedra tanto mujeres como hombres, alma máter de Provenzal. Cuando leí por primera vez esa frase en la que se advierte un hilo místico entre el conocimiento, la salud y la alegría pensé de inmediato en María Isabel Rodríguez.

Estas son las flores del azafrán que María Isabel ha esparcido durante su trayectoria de estudio, lucha, entrega y compromiso. Es por estas aromáticas flores que muchas universidades latinoamericanas decidieron honrarla con su máximo reconocimiento: el doctorado honoris causa. Universidad de Guadalajara, México, año 2005. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador, año 2006. Universidad de Córdoba, Argentina, año 2007. Universidad Peruana Cayetano Heredia, Perú, año 2008. Universidad de San Carlos de Borromeo, Guatemala, año 2008. Universidad de El Salvador, El Salvador, año 2009. Universidad Autónoma Metropolitana, México, año 2011. Universidad Andrés Bello, El Salvador, año 2012. Universidad de la República, Uruguay, año 2012.

Este libro es entonces un homenaje sincero hacia un alma máter multiplicada y dispersa por toda la geografía latinoamericana, unida por la pasión por los saberes y las luchas sociales. Es un homenaje de corazón alegre: otra flor del azafrán que nos regala generosamente María Isabel Rodríguez.

Pablo Benítez

